

Ms/39



15

A.  
S.  
S.

R. 75539



Don Martin de Acuña

Comendador de Santiago

Capitan de Arcabuceros de á caballo del rey Felipe II  
(1585)

---

Hemos llevado á nuestros señores al tom-  
buo cubo del Obispo en la fortaleza de  
Simanas, y los hemos hecho abstin con  
honor á la secreta ejecución de uno  
de los principales magnates de Flan-  
damos á hacerles todavía presencia otra  
ejecución secreta en el castillo de Ter-  
jon de Pelasco á cuatro leguas de Ter-  
cion con notables y extraordinarias  
circunstancias.

Este modo tenebroso de proceder era  
muy del gusto de Felipe II.

Hacia formar con el mayor sigilo  
las causas, procuraba no se omitiese  
ninguna de las ritualidades del  
procedimiento, y solo se omitia en  
ellas lo mas principal, la garantia



de seguridad del reo, la defensa, fundado  
en que comunicada la causa á los  
defensores, no era fácil el obtener de  
ellos el secreto inviolable que se proponía,  
y tomando por única defensa las de-  
claraciones y confesiones del reo, hacia  
que por ellas formase su conciencia  
el juez, ó mas bien él mismo, que  
leía por sí todas las causas, y apretaba  
ó modificaba las sentencias que le  
consultaban los jueces.

Ya hemos visto el extraño fundamento  
de esta jurisprudencia.

El rey era señor de vidas y haciendas.  
Le tocaba la administración de la  
justicia: los tribunales, los procedimientos  
judiciales no eran considerados mas que  
como medios de adquirir el conocimiento  
del hecho. Adquirido este de cualquier  
modo que fuese procedia la imposición  
de la pena.

Así Felipe II, conencido de la cri-  
minalidad de Don Juan Escobedo  
por Antonio Perez, le mandó matar  
sin formación de causa; así sin de-



fensa es ejecutado en secreto el barón de Montigny con las estrañas circunstancias que han hecho espemecer de horror á nuestros lectores; así en Gabriel de Espinosa juzgado secretamente y tambien sin defensa, su muerte en público es el primer anuncio de su causa, porque así condena á su política, y para acallar la opinion que comenzaba á agitarse en Portugal sobre la evidente existencia del rey Don Sebastian.

El hombre que secretamente estrangulaba el verdugo en la torre de Torrijos de Plasco, era un noble, un valiente capitán que habia donamado su sangre en las guerras de Flandes y en la conquista de Portugal, empero que á pesar de la noble cruz roja de Santiago que habia ganado en los campos de batalla, la fatal pasión del fuero le habia llevado á cometer una villanía, y á descubrir en un momento de horror uno de los secretos mas graves de la política de Felipe II.

La vida del hombre que el día 17



de Marzo de 1585 estrangulaba secretamen-  
te el verdugo en Cobayon de Pelasco, y  
cuya muerte permaneció entonces oculta  
y casi desconocida aun hasta hoy, pa-  
saria por una interesante novela, si no  
estuviera apoyada por memorias y docu-  
mentos de aquella época que nosotros  
hemos visto y que existen entre los  
manuscritos de la biblioteca nacional  
de esta corte. Tan extraordinarios, tan  
prodigiosos son estos sucesos!

Existe espectáculo por cierto el de un  
noble, instruido, valiente, luchando sin  
cesar con la fatalidad, y desluciendo  
todas las brillantes cualidades por la  
pasión del fuego, que le hace aban-  
donar por un momento las ideas del  
honor y le precipita en un doble  
crimen de estafa y de traición.

¡Terrible es la lección que encierra  
la vida y el trágico fin del noble  
capitán de arcabuceros de á caballo  
y comendador de la orden de Santia-  
go don Martín de Acuña!

---



Fue don Martin de Acuña de noble origen, hijo de un caballero de su mismo nombre que habia servido constantemente en el palacio del emperador Carlos V á quien habia acompañado en sus gloriosas expediciones militares, y del que habia recibido en diversas ocasiones señaladas muestras de su generoso afecto. Casó con una dama de la emperatriz, joven de las mas distinguidas por su belleza y talento.

Tuvo varios hijos, el primogenito y destinado á perpetuar la sucesion de su noble casa, fue don José Acuña, y el segundo don Martin, que es el protagonista del triste drama que vamos á presentar á la vista de nuestros lectores.

Las felices disposiciones de ingenio, la viveza y despejo de don Martin hicieron que sus padres le dedicasen á la carrera de las letras. Prometianse y con fundamento, que en ella se distinguiria y aumentaria el lustre de su noble familia.



La universidad de Alcalá de Henares era entonces una de las mas célebres de la Europa. Allí acudían á distinguirse en las ciencias y las artes los jóvenes de las primeras familias del reino; allí fué enviado don Martín, y allí brilló por su aplicación y sus talentos.

Distinguióse como una notabilidad en la poesía latina. Su vida era de las mas arregladas, y su trato mas íntimo era aun con los padres de la compañía de Jesús. No parecía sino que un secreto presentimiento le atraía á la intimidad de unos religiosos en los que mas tarde y en los momentos en que su alma se habia de ver entregada á la desesperación, habia de hallar su consuelo.

Su hermano don José, mientras él estaba estudiando, se hallaba al lado de sus padres, recibiendo la educación que entonces se daba á los mayorazgos, educación de goce y de holganza, y que fué la causa de que en nuestra



4

nacion villasen mas principalmente en la Iglesia, en los tribunales y el ejército la clase del pueblo. Una grave enfermedad puso á la muerte al heredero del mayorazgo de Secuna. Parecia perdida toda esperanza de su restablecimiento. Sus padres llamaron entonces de Alcalá á don Martin, en el que veian ya el sucesor de su mayorazgo y el continuador de su noble familia. Marcha este á Madrid, si bien perseguido con la inminente perdida de su hermano, gozoso de trocar los hábitos y la vida de estudiante por la de la corte abandonando los estudios aridos de la filosofía y teología, por los caballos y las armas, y haciendo en su juvenil imaginacion mil castillos en el aire, mil proyectos de un risueño porvenir.

Todas sus ilusiones debian desvanecerse como el humo. Cuando se creia ya heredero, se encontró al llegar con que su hermano, habiendo hecho crisis su aguda enfermedad entraba en la convalescencia. En vez de asistir á un entieno que le aseguraba la opulencia en el mundo, asistió á



la deliberacion que formaron sus padres de establecer a su hermano casandole con un doctores bueno con su prima hermana doña Juana de Herrera, a cuyo objeto solicitaron del papa la correspondiente dispensacion del parentesco.

Cerráronse las puertas a las esperanzas de don Martin. El que antes se dedicaba voluntariamente al estudio, tenia ahora que dedicarse a la fuerza. Porcia hasta entonces en su corazón la ambición y la codicia, habia venido a disputarlas de un modo fatal la enfermedad de su hermano, y no a satisfacerlas. Habia experimentado un porvenir risueño de felicidad, y este porvenir lo habia disipado el recobrar la salud un enfermo, y lo alejaba mas aun un matrimonio, que llenaba de gozo la familia de los Herreras, y de una gran envidia y pesar a su alma.

Volvio a Alcalá de Henares don Martin, empero no era ya el joven estudioso, el que se distinguia entre los mas aventajados de aquellos escolares,



3  
el que formaba sus delicias en el trato de los hombres graves, y prudentes religiosos.

Abandonó los libros completamente, se dedicó al juego, y se entregó con frenesí a esta loca pasión, que debía un día acarrearle la infamia y la muerte.

Modesto de Tabares, era su casa el punto donde se reunían los jóvenes más ociosos. Ni las amonestaciones de sus maestros ni los consejos de su anciano padre, á quien aquellos dieron aviso de la mala conducta de su hijo, bastaron para corregirle. - Su padre iba ya á poner severo remedio á tanto desorden, cuando le sorprendió la muerte, acelerada quizá con las pesadumbres que le decía su mal hijo.

No tardó muchos días en seguirle al sepulcro la madre de don Martin, pobre señora viéndose sin poder para contener los excesos de su hijo, y acompañada con los dolores de su viudez.

Muertos sus padres, roto el único freno que aunque en la apariencia se veía obligado á respetar, abandonó los



estudios que en realidad hacia tiempo  
habia desahado, colgó los hábitos, como se  
decia entonces, salió de Telescalá don-  
de tan mala fama habia desahado, de  
quimerista y sabio, se presentó a su  
hermano don José, y le intimó a  
abandonar la carrera literaria, y de  
dedicarse a la de las armas, a que  
le llamaba su genio ardiente, y su orgullo.

Vio su hermano que eran excusadas  
las razones y la persuasion con don  
Martin, y trató de proporcionarle con  
las buenas relaciones que habia tenido  
su padre, un empleo en que pudiese dar  
expansion a su genio audaz y emprendedor.

Ordia entonces en todo su furor  
la guerra en las provincias de Plaudes:  
esas guerras terribles que diezaban todos  
los dias los tercios españoles, y en que  
habia ocasion de dar todos los dias  
estocadas y cintarazos. Ningun teatro  
podia condenu mejor a don Martin.

Fue allí destinado, se halló en  
todas las funciones principales de  
guerra que allí hubo, y se portó



como noble, porque la sangre obliga, pero  
 continuo con la pasión fatal del fuego.  
 Allí a la vista del mismo duque de  
 Alba hizo sus pruebas de valor, y en  
 poco tiempo fue promovido a capitán  
 de una compañía de arcabuceros de a  
 caballo.

Cuando en 1580 el mismo duque  
 de Alba, que a su vuelta a España  
 había sido preso en su palacio de Uzeda,  
 salió de allí para ir casi encadenado a  
 conquistar para Felipe II el reino de Por-  
 tugal, don Martin Secuña marchó  
 a aquella gloriosa expedición, y allí se  
 halló con su compañía en Santarem  
 y con los vencedores entró en Lisboa.

Mas de una vez el anciano y glorio-  
 so vencedor de Moulberg y de Lisboa  
 estrechó, admirando su valor, la mano  
 del noble capitán de arcabuceros.

Terminada la expedición de Portugal,  
 aumentado con este florón la corona  
 de dos mundos con que ceñía su frente  
 Felipe II, el monarca mas poderoso  
 entonces del mundo, se desbizo el



ejército que había llevado á cabo en tan pocos meses tan grande empresa.

Los capitanes se volvieron á sus ordinarias residencias, y los que no las tenían fijadas se tornaron á sus casas. Entre estos estaba don Martin.

Sus servicios fueron premiados por el rey con un hábito de la orden de Santiago y una encomienda de dos mil Inducados.

Volvió don Martin con tan noble y preciosa recompensa á la casa de su hermano don José, el que deseando ver si podía hacer que don Martin hiciera una vida mas aneplada que la que acostumbraba á llevar en los campamentos, y permaneciese quieto y sergado en la corte, le propuso el matrimonio de una señora de origen llamada doña Mencía de Diamante que se hallaba en la corte siguiendo un pleito de mayazgo de gran cuantía, en cuya prosecucion habían muerto sus padres, y que ella huérfana continuaba con grandes esperanzas de buen éxito.



Era doña Mencía hija de padres muy distinguidos, iba a ser inmensamente rica fallado que fuese en su favor el pleito del mayorazgo que disputaban. Era por estremo discreta y prudente si bien poco agraciada en su rostro.

Casóse don Martin con ella y vivió dos años siguiendo con afan el pleito en que se cifraban todas sus esperanzas.

La fatalidad le perseguia: debia don Martin sempre ver desaparecer las riquezas que con tanto afan buscaba al hallarse á punto de tocarlas. Se falló el pleito del tan contrasentido mayorazgo: por su desgracia, o porque no tenia el derecho, fue adjudicada el mayorazgo á su contrario.

Don Martin se quedó pues pobre, arruinado con los gastos del litigio, perdió hasta la esperanza de ser rico, y se hallaba casado y con dos hijos que habia tenido durante los dos años de su matrimonio.

No tenia mas que su espada, no contaba con mas recursos que su valor personal para sostener las cargas de su matrimonio, así es que de qualquiera gana y cual si su corazón le hiciese presente



los trabajos y desventuras que sobre él iban á caer, se vio precisado á hacer sus caravanas en las galeras de España por valerle á lo menos de su encomienda.

Abrayó á sus mujer y á sus hijos, despidiéndose de ellos con el corazón desgarrado de dolor. Era buen esposo, y buen padre, aunque fuese lo que el mundo llama un calavera.

Llegó á San Lúcar de Barrameda, y se embarcó en las galeras de España.

El general que las mandaba le admitió en su consejo, pues sabía que á su gran valor reunía don Martin un gran entendimiento y grandes conocimientos en el arte de la guerra.

Entonces el célebre pirata Uluck-Bi, virrey de Argel, corsario famoso entre los turcos, con una escuadra recorría las costas del Mediterráneo, y hacía frecuentes desembarcos en los puntos de las playas de Valencia, robando los campos, saqueando los pueblos y cautivando á sus habitantes, y llevando el terror y la desolacion por todas partes.

Siguiendo el parecer de don Martin se aprestó á perseguirle con sus galeras.



el general español esperando reprimir la ferocidad de aquel corsario que ensobrecido y orgulloso con las grandes presas y muchos cristianos que habia hecho, amenazaba, no solo atacar los puertos y puntos maritimos, sino penetrar en el interior.

Destino el general á don Martin para que con dos companias se adelantase á hacer un reconocimiento y saber donde se hallaban los enemigos en una galera tripulada con cinco ligeros remos, encargándole que hecho el reconocimiento se repliegase al grueso de la escuadra.

Se poco tiempo de apartarse de ella don Martin, cerca del amanecer, fuo que los corrió frente á un temporal tan recio, que separándole mas de lo que era su propósito de las demas galeras no pudo ejecutar su empresa, ni el general favorecile en su infortunio.

Dos dias duró la tempestad, y dos dias fuo que luchase con los elementos sin saber á qué parte le habia arrojado, esperando una muerte cierta.

Al tercer dia, serenado el cielo, al amanecer descubrió las galeras del corsario enemigo: los vientos le impelían hacia



ellas. Era inevitable su pérdida.

Con toda la fuerza posible, con toda la actividad que da la desesperación y la presencia del peligro, hizo que sus remos, casi estenuados de cansancio y de remados dos días seguidos, vieran de bordo, sobreviesen la espalda a las galeras enemigas siendo que en ello consistía la vida y libertad de todos cuantos con él iban. El mismo don Martín les dio el ejemplo remando como el más infimo galero.

La desgracia perseguía a don Martín. Veluch-Al desde la galera había desentendido la embarcación de los cristianos. Peñala sola, aislada, era una presa fácil y demasiado importante para que no la diese caza. Perseguida, y en breve llegó a ponerse a tan corta distancia de ella, que viendo don Martín que le era forzoso hacerle frente, se determinó procurando infundir ánimo, y hacer adoptar igual desesperada resolución a todos sus compañeros a morir matando y defendiendo su vida y su libertad.

Era un combate demasiado desigual el de una galera desmantelada por la



tempestad, con su tripulacion rendida de fatiga, contra tres galeras con chusma de cantada y fuerte.

El combate fue terrible, empero de pocas horas.

La galera cristiana fue vencida y don Martin con todos los soldados que dentro iban heridos y cautivos.

Estaba Ustuck. Al tan cargado de las ricas presas que por toda Espana habia hecho, que no pudiendo llevar sus galeras con mas despojos determino dar la vuelta a Constantinopla con el objeto de hacer un rico presente al Gran Senor.

Yban atestadas sus galeras de los objetos preciosos que habia saqueado en sus correrias. Las ricas sedenias, los preciosos brocados, las alhajas de perlas, constaban gran parte de su cargamento. Tambien habia transportado a bordo de sus galeras caballos admirables de raza, y una multitud de lindas niñas, galas de los campos de Valencia, cristianas doncellas de las que parte



destinaba a los harenes de Constantinopla y parte a los mercados de esclavas del Asia. De tan ricas mercaderías podia escoger un buen regalo para el Gran Señor. Uluch-Ali conocia bien su carácter. Sennurates III era un hombre que amaba a los hombres valientes y entendidos, y saciado de los placeres fáciles del sensuallo apreciaba mas un buen cautivo, gallardo, inteligente y de valor que fudiese servil. Fue en sus empresas guerreras, que una cautiva de rubios cabellos, de blancas y sonrosadas mejillas é interesante mirada.

Sennurates III habia sucedido en el trono de los Osmanlis a su padre Selim II en 1575. Su primer mandato fue el hacer estrangular a sus cinco hermanos de tierna edad.

Aunque en tiempo de su padre en 1571 quedado humillado el poder naval de la Turquía en la célebre batalla de Lepanto, el corsario Uluch-Ali que habia combatido en aque-



memorable accion, y que atacando el cuerpo derecho de la escuadra española, habia llegado hasta apoderarse de diez galeras cristianas, pudiendo escapar cuando vió aquella derrota terrible de la media luna con un gran número de sus galeras, continuaba desafiando las costas de España, burlando las escuadras de Felipe II, intentó escarmentado el Gran Turco, convertia todas sus fuerzas á hacer la guerra á los portugueses.

Veluch-Atli habia hablado con don Martin, y habia conocido su brillante ingenio, le habia visto manejar los brazos y blandir el acero durante el abordage de la galia, y se le iban los ojos tras él, como se van los de todo valiente tras de otro valiente.

Conocia que una de las presas que podia ofrecer al sultan Sermucate, como fruto de sus gloriosas correrias era el joven cautivo, capitán de la galera apresada.

Llegó Veluch-Atli triunfante á



Constantinopla. Hizo con toda sumision al sultan el espléndido presente que se habia propuesto, el que recibió éste con grandes muestras de gratitud, no solo por lo rico que era, sino tambien por la voluntad que al mismo tiempo le mostraba de volver inmediatamente a conquistar las costas cristianas y hacerle de las prusas que recogies nuevos servicios, estimándole sobre todo el cautivo, al que pocos dias de haberlo tratado, agregó a su inmediato servicio, pues llegó a conocer aquel indeligente sultan todo el valor de ánimo y singular ingenio de aquel valiente a quien el capricho de la suerte habia reducido a la esclavitud.

Propusose muy pronto el sultan sacar a don Martin de San Biste estado de tan sumillante condicion.

De tal modo fué don Martin ganando la voluntad del sultan, que para ser uno de los mayores privados suyos no le faltaba sino abjurar de la fe cristiana y tomar el turbanke.

En varias ocasiones se lo insinuó



temerates que quena aprovechar para la utilidad de su gobierno las bellas cualidades de su cautivo favorito.

Don Martin habia nacido noble y cristiano, y don Martin permanecio fiel a su religion y a su rey.

En medio de las desdichas tenia don Martin una gracia, era un hombre tan simpatico, que ninguno le veia y le trataba que no se le aficionase luego, y asi, no solo era grata su conversacion al sultan, sino tambien, lo que es mas extraño, a todos los ministros, miembros del divan y bapacs, en quienes pudiera ohar la envidia por las distinciones y prerrogativas que dispensaba temerates a su esclavo, por las sospechas que tenian de elevarle a los mas altos cargos del imperio, atendido el designio que tenia de hacerle adoptar el islamismo.

Quena demasiado temerates a su esclavo, era ademas bastante entendido para comprender bien que la fuerza abierta no basta a sojuzgar la opinion y hacela abandonar a un hombre noble y valiente.



Quiso pues conseguir por la astucia lo que creia no habian de arancar las amenazas directamente.

Trató de hacerle caer en un gran delito, que mereciese la pena de muerte, y de la que él mismo no pudiese absolverse y darle por libre, si no hacia lo que tantas veces le habia rogado:

Persuadió a una de sus odaliscas, de las muchas y muy hermosas que habia en su harem; (algunos han querido suponer que era una hija suya) a que procurase con amoroso afecto y con halagos inspirarle una pasión, para que anastado de esta y proporcionando hábilmente el medio, concertase el verse juntos y sorprendiéndole el sultán, pudiese por este delito amenazarle con la pena de muerte, y valiéndose de generosidad y en gracia del afecto que le profesaba, hacerle casar con ella, previniéndole que este servicio y la gratitud que debía tenerle seria un poderoso medio para apartarle de la fe cristiana, y mas si con las seducciones de la



hermosa odalisca se habia llegado a' interesar su corazon.

Concertóse la Ficción, pero como es una verdad inconscita como ha dicho uno de nuestros poetas antiguos, de que no hay bien sin el amor, ni que se debe jugar con fuego, como ha dicho otro de los modernos, sucedió que la odalisca habia comenzado por obediencia, lo continuó despues por aficion, que las ferreyas que comenzó a mentir su boca, sabieron de sí pues verdaderas y ardientes del corazon, y que al cabo de pocos dias vino a quedar la bella seductora tan seducida y tan rendida al amor de don Martin que siéndole de importancia guardarse el secreto, le descubrió todo lo que el sultán con ella habia concertado con el fin de hacerle morir si ballándolos juntos no la tomaba por mujer.

Grande fué el asombro de don Martin al descubrir la trama que le revelaba aquella apasionada mujer. Con lo que no veia mas que un frió solo pasatempo, vió todo un peligro



Procuró evitar en lo sucesivo todo trato con la muger á quien debia tan forzoso aviso, si bien se lo agradecia, y sentia por ella el mayor afecto.

La odalisca estaba enamorada de veras, y no podia sufrir aquellas ausencias ni por disimulo, y así conociendo el daño que ella misma se habia hecho para conseguir su intento se comenzó á quejar de su ingratitude, llamándole enemigo, que aventurándolo todo ella por él, no correspondia á su voluntad.

Don Martin que conocia todo el peligro que habia de un momento á otro en aquella conversacion permanecia firme dueño de sí mismo.

Cuantas mas señales daba la odalisca de amor, mas insensible y duro parecia el cristiano cautivo.

Azumars que andaba ya desconfiado de hallar mejor ocasion, que habia visto la imperturbable contencion de su esclavo favorito, y que atribuia á su lealtad, entró donde estaban los dos acompañado de su



ministro Osmin y de otros dos Bajas,  
 y fingiendo sorpresa de hallar a su  
 esclavo con una de las mugeres del  
 harem, y llena de lagrimas, aparente  
 enfurecese con don Martin.

Con afectada indignacion le recon-  
 vino como siendo un vil esclavo  
 ingrato a sus beneficios habia osado  
 dár sus ojos a una de las mugeres  
 de su serrallo, y por un esfuerzo de su  
 corazon generoso quiso aun perdonarle a  
 él y a ella de la pena de muerte en  
 que habian incurrido ambos mandando  
 que se casasen.

Aunque turbado don Martin al parecer,  
 en breve se repuso y defendió con for-  
 derosas razones su inocencia, protestó  
 de su amor al sultán su bienhechor,  
 le ofreció su vida, si de su sacrificio  
 era gustoso, pero se negó decididamente  
 a casarse con la odalisca porque estaba  
 ya casado en su país, y porque a ello  
 se oponia la fé del cristianismo que  
 estaba resuelto a conservar a todo trance,  
 y a costa de su vida.



Habló de tal manera como noble y como caballero valiente, que Temurates III, que sabía bien su inocencia, que conocía sus prendas, y su decidida adhesión a su persona, de la que se proponía sacar gran utilidad, aparentando dispense llevar de una generosidad poco común en los turcos, no insistió en su proyecto de hacelle abjurar del cristianismo, y le concedió su perdón, exigiendo de él la palabra de que en adelante miraria mas por su servicio.

Temurates III, viendo cuan desgraciada había sido la suerte de las armas en tiempo de su padre Selim II en sus expediciones contra la cristiandad, se había decidido a hacer la guerra a la Persia.

Había mandado a su visir Siman-  
kajá allí con un poderoso ejército.

Después Temurates tomó noticia de sus designios, de los proyectos, de los recuentos de sus enemigos, del estado y situación de sus plazas fuertes. Hizo su elección para tan delicada comisión en don Martin de Acuña.



Pinguino era mas á propósito que él para una empresa en que se necesitaba gran valor é inteligencia. Don Juan sinte conocia el arte de la guerra: le habia aprendido en la escuela del gran duque de Sabia, habia hecho sus gloriosas pruebas en los campos de Flandes y de Portugal.

De estas nobles circunstancias resulta la de un talento prodigioso para hablar con la mayor facilidad y perfeccion todos los idiomas. En el tiempo que habia estado en Constantinopla habia aprendido la lengua persiana con tal soltura y propiedad que podia para los que no le conocieran pasar por un persa.

Aprendió ademas al mismo tiempo la lengua turca, hablando estos dos idiomas con el latino y el griego que habia aprendido en la Universidad de Alcalá, como el castellano.

No quedaba garantia alguna al sultán de que Juan cumpliria fielmente la importante comision que á su celo y saber se fiaba mas que su palabra.



Reconocido por un cumplido caballero, y estaba  
ademas entonces tan acreditada la lealtad  
castellana, se habian dado tan altos ejemplos  
de ella, que el sultán se contentó con la  
palabra que le exigió y presto le vino a  
volver a Constantinopla.

Grandes fueron las mercedes y recompensas  
que le ofreció el sultán por su vuelta,  
ademas de concederle su libertad si queria  
volver a su país. Segurizado estaba don  
Martin al ver el poco celo que el rey, en  
cuyo servicio, y habiéndose denodadamente,  
habia sido hecho cautivo, ponía en su res-  
cate y el abandono en que le dejaba su  
hermano don José y su esposa, si bien dis-  
culpaba generosamente a ésta por la mi-  
seria en que sabia hallarse con sus hijos.

Martin conocia los deseos del sultán, sa-  
bia que necesitaba un hombre decidido,  
fiel, e inteligente en Persia, y se presto a  
tan arriesgado servicio, sin mas garantías,  
como hemos dicho, que su palabra.

Don Martin atravesó las regiones que  
separan a Constantinopla de Persia, salía  
con su valor y prudencia todos los peligros  
que le rodeaban, penetró en Persia, llegó



à Tauris, tomando todos por un natural  
 de aquel reino, examina las plazas princi-  
 pales de guerra, estudia la organizacion de  
 los ejercitos, procura conocer los proyectos,  
 los recursos de los persas, y vuelve enrique-  
 cido con preciosos datos y notables noticias,  
 à la presencia de Temurats, habiendo  
 pasado antes por el campamento del vizir  
 Sinan - Baja. Aquel general admira en  
 el no solo un fiel espià, sino un consu-  
 mado capitàn cuyos acertados consejos siguió.

Así es que conquistó tres provincias y  
 se apoderó de la ciudad de Tauris, impor-  
 tantísima plaza fuerte, en donde habia  
 residido algunos meses estudiando sus  
 fortificaciones el capitàn don Martin Lu-  
 isa, cuyas indicaciones sirvieron de mucho  
 quando despues fué a sitiarse Sinan - Baja.

Temurats recibió à su esclavo favorito  
 con las mayores demostraciones de afecto,  
 hizo muchas mercedes, y satisfecho del  
 talento con que habia desempeñado  
 su difícil comision, se propuso utilizar  
 la misma libertad que tenia que dar-  
 le y que era la recompensa ofrecida



de los recientes servicios.

Llamóle un día, y le notificó que era libre en volver a España en cumplimiento de su promesa, pero que él quería que de su celo una grande empresa, aunque no sabía si aceptaría su descompenso.

Acompañóle á sus plantas don Martin, y le aseguró que aunque no fuese con su esclavo, vendría de España cuantas veces le necesitase para consagrarse en su obsequio y servicio, y arriesgar su vida en cuanto le mandase, con tal que no fuese contra la ley cristiana que estaba resuelta á guardar y profesar hasta el ultimo suspiro de su vida.

Agradeció mucho Almirante la decision que por él mostraba don Martin y poniéndole la mano sobre la cabeza en señal de amor, le dijo: que lo que quería hacer con él era dejarle marchar libre á España, donde le haria mercedes y le daria dinero para que no se apartara de su servicio, y para que con la buena maña e inteligencia que habia demostrado en la comision que habia desempeñado en Perua, hiciera



lo mismo en la corte de Felipe II, lo que le sería mas fácil con sus buenas relaciones, para que le fuese secretamente al corriente de los planes que tuviese el rey, de las determinaciones de los consejos. Exigió temerarios de don Martin una contestación franca y libre.

Don Martin á quien el trato frecuente y la intimidad habian acostumbrado á hablar con libertad á su señor, le contestó que no sabia si era mayor la confianza que de él hacia, ó la mala opinion que de él tenia al fiarle un negocio tan arduo y que derechamente iba contra las leyes de la lealtad que los nobles debían de guardar á sus reyes, encomendándole una cosa propia de un traidor. Le hizo ver que en la comision de Paris en que tambien le habia servido, no obraba contra su rey y señor natural, y que entonces la obligacion y lealtad le forzaban á servirle sin falta á su nobleza; empero que ahora, si á pesar del afecto que le profesaba, y del absoluto imperio que sobre él tenia, admitia tal propuesta el mismo no podia menos de mirarlo como un



traida á su rey, digno de desprecio, y que le daría razón á sospechar que tambien lo seria con él.

Via don Martin que conia el riesgo de perder su apetecida libertad, si decididamente se le negaba, y así es que á pesar de estos rayones continuó suplicándole que le diese algun breve espacio de tiempo para pensar el grado de infamia que sin duda iba á acarrear á su linaje, porque en cuanto á su propio daño él no reparaba, y que desecho de servile necesitaba meditar el cómo podría hacerse, pues él promete cosa de tanta gravedad igualmente, demostraba poca voluntad en cumplirla, y él sabia por reciente experiencia, que cual noble y caballero era esclavo de su palabra.

Satisfecho quedó Amurates con esta curia, hábil y astuta propuesta de don Martin, y al verle tan escrupuloso en estos puntos de deslealtad, le hacia confiar mas en él, y pensar que no le engranaria despacio el que de prisa y de pronto no se determinaba á hacerlo, y así le dijo que lo pensase, porque él sabia que habia de estarle bien y serle muy provechoso.



Quedo' alegre don Martin al ver el camino que se le abia para poder volver a' Espana y recobrar la libertad tan deseada, pero le atormentaba la empresa en que queria comprometerle el Gran Senor, y resuelto como noble a no faltar jamas a' su rey ni vender la causa de la cristiandad por mas mercedes y oro que le prodigase el sultan en Espana, se propuso aparentar condescender con los designios de Amurates hasta salir de su cautividad.

Necesitaba don Martin esplayar su animo con alguno, y consultas con el negocio de Santa Marta.

Entre los cautivos que habia hecho Uluck-Ali en la galera que mandaba don Martin en las costas de Valencia, habia un soldado llamado Alonso de Robledo, con el que tenia grande amistad el capitán, ya porque era un valiente, ya por ser un sabur como él.

El vicio del juego hemos dicho que era dominante en don Martin.

Al mismo tiempo que Uluck-Ali presentaba al sultan como un regalo precioso al cautivo don Martin; el



soldado era vendido como esclavo a un  
poderoso bajá llamado Osman, gran pre-  
vosto de Sennar III y de su consejo.

Si el sultán, como hemos visto, había  
hecho de su cautivo don Martín un  
favorito, casi un amigo; por un capricho  
igual de la suerte lo mismo había  
sucedido con Osman y su esclavo Robledo.

Así es que don Martín de Leuna y  
Alonso Robledo eran esclavos solo en el  
nombre, pero continuaban viviendo cuan-  
do querían como amigos antiguos, y  
siempre que se hablaban trataban de  
los medios de poder conseguir un día su  
libertad.

Con Alonso Robledo fué don Martín  
a consultar el apurado francés en que  
se hallaba y la propuesta que le hacía el  
sultán.

Comenzaron a reparar en la cautela  
con que procedía el sultán y resolvieron  
no fiarse alguna prueba que quisiese  
hacer de su lealtad.

Y había gran rato que los dos estaban  
discurriendo sobre este asunto cuando  
Robledo propuso a don Martín que



hicier, porque importaba mucho a' la seguridad del negocio, que el sultán tratase con él estas cosas por medio del bajá Osman su amo, y que él le diera des pues la razon que para aconsejarle esto tenia.

En vano lleno de curiosidad insistió don Martin en que se penetrara la causa de este consejo: Rebolledo permaneció inflexible dueño de él, ofreciendo revelar solo en tiempo oportuno.

Don Martin se presentó al dia siguiente a' Hemurates y le manifestó se hallaba pronto a' obedecer y a' entrar en trato con él, pero le suplicaba se hiciera la negociacion por medio de Osman.

Contento accedió a' esto el sultán, haciéndole el concierto de que don Martin serviría en España los intereses del Gran Señor señalándole este por recompensa la cantidad de eqüies que él graduase cada año.

Terminado el trato y aceptado el compromiso, volvió don Martin a' ver a' su amigo Rebolledo para preguntarle la



causa, porque para asegurarse de que no  
le engañaban, le había aconsejado que  
pidiese al sultán medias Osman en los  
tratos.

Acordado que veia sermanado el negocio  
y comprometido a don Martin, le fue  
nifesto que el favor y la privanza que  
con su amo Osman tenia era tanta  
que le habia llegado a descubrir al va  
lo decidido que era por el rey don Felipe,  
que se hallaba subvencionado por este,  
de quien en varias ocasiones habia recibido  
mercedes y grandes cantidades, porque  
en los negocios del Divan o consejo del  
Gran Señor relativos a España le habia  
dado algunos avisos importantes, hallándose  
en proposito de continuar haciéndole así  
en adelante.

Le aseguró que el habele aconsejado de  
que Osman interviniese en este asunto lo  
habia hecho con el fin de prevenirse  
de que no habia engaño alguno de  
parte del sultán, porque cuando su  
amo le habia descubierto un secreto tan  
grave como el estar en correspondencia  
con el rey de España, mejor le descubrió



lo que no importaba tanto.

Había calculado para que en ningún tiempo sufriese mancha el honor de don Martín ni se le sospechase de traidor, pues de Osman un buen festigo de a honro para que Felipe II estuviese cierto de que jamás le había ofendido.

Pensaba que las cantidades que el sultán diera a don Martín las podría guardar Osman para sí, y él cobraría del rey Felipe II el dinero con que se recompensaba a Osman por sus avisos, guardándolos en equivalencia de lo que el sultán diera a Osman para remitir a Madrid.

De esta manera estableció Robledo una especie de giro para el cambio de cantidades, cambio difícil en aquella época y en un negocio tan secreto de rey.

Así combinaba el que quedase bien servido el rey Felipe II con los avisos que Osman le diese, mientras que don Martín debía enganar al sultán entretenéndole con noticias vulgares y de poca importancia.

Admirable y bien concertado le parecía a don Martín el plan de



Robledo, á quien abrazó agradecido llamándole su mas fiel amigo y dándole á instancias suyas su palabra de que en llegando á España ninguna cosa solicitaría primero que su rescate, y ofreciéndole que el rey le haria merced por sus buenos servicios.

Fueron despues los dos amigos á tratar con Osman el modo y forma con que habian de comunicarse, fingiendo don Martin que tenia una carta del rey don Felipe II en que le prevenia que su tanto que se hallaba en Constantinopla procurase tener á su devocion al bajá Osman y que le ofreciese grandes recompensas.

El crédulo turco cayó en la red que hábilmente le habian tendido aquellos hombres que á la vez que á él le engañaban, no obstante, su grande íntima amistad, se hallaban dispuestos á engañarse y venderse reciprocamente.

Osman acabó de declarar francamente con ellos dando cuenta á don Martin de algunas cosas para que las revelase al rey de España y entre



gándole una carta escrita en cifra.  
 Bien encaminadas iban hasta entonces  
 las cosas de don Martin de Leuna.  
 Despidiose este del sultan Temurato III en  
 quien habia encontrado un amigo, un  
 decidido protector y de quien al mar-  
 char profesto ser su fiel servidor, no  
 omitiendo para ello ni promesas ni  
 juramentos.

Antes de marchar fue tambien á ver  
 á los muchos amigos, que gracias á su  
 simpatico caracter y al favor del sultan,  
 se habia granqueado en Constantinopla.

Se halló al Bajá Osman en quien mas  
 que un amigo tenia un cómplice  
 para servir los planes del rey de Espa-  
 ña, y dejó ajustado con él el rescate  
 de su amigo Robledo, de quien se des-  
 pidió firmemente bien ageno de que éste  
 habia de ser providencialmente el instru-  
 mento fatal de su perdicion.

Contento salió en un buque italiano  
 que se hallaba en la rada de Constau-  
 tinopla y despues de una feliz navegacion  
 desembarcó en las playas de Barcelona.  
 Puso agradecido al cielo la firma de



su patria y sin perder un momento tomó el camino de Madrid.

Allí sorprendió agradablemente á su mujer e hijos y á su hermano.

Trabajando éste estaba en conseguir su libertad, lo que no habia podido conseguir antes falta de recursos, porque habia sufrido un grande descalabro en la fortuna en la fortuna del mayordomo que heredara de sus padres, y porque habia tardado muchos años en saber su paradero.

Acudían los amigos y compañeros de armas y de juego de don Martin, á quien no se causaban de admirar y contemplar como un su vuelta del otro mundo despues de seis años de cautiverio.

Don Martin despues de recibir los plácemes, las enhorabuenas de sus amigos, fue á palacio á ver al rey Felipe II, llevando muy bien pensado lo que le debia decir de los conciertos que dejaba hechos con el babé.

Felipe II tenia el don particular de los reyes la memoria de las personas. Recordóle al verle, le recibió afable,



21

Le oyo' con gran atencion y gusto las extraordinarias aventuras de su cautiverio.

Hablo' al rey de la gran decision que tenia por su servicio el Paja' Osman, y diestramente como hombre de talento, le insinuo' que debia hacerse alguna merced para alentarle a que se consensase en su buen proposito, porque por medio suyo se podrian tener avisos de todas las cosas secretas que se tratasen en el divan de Constantinopla y al mismo tiempo como evidente muestra de suidad se entregó al rey un memorial o' carta escrita en cifra consensada con el rey en la que despues de hablar de varios asuntos y despues de grandes ofrecimientos se remitia a lo que don Martin le refiriese, puesto que con él se habia entendido y conocia este su celo y voluntad en su servicio.

Consentió el rey aquellos papeles para leerlos por sí mismo como hacia en todos los de los negocios del Estado y las consultas de sus Consejeros.

Importantes debieron de ser los avisos que Osman le daba, porque aunque hasta



hoy no han podido entenderse por la reserva  
con que entonces todo se manejaba sirvieron  
para dar concepto y crédito á don Martin en  
la opinion de Felipe II, que ya le conocia  
personalmente antes como un noble y buen  
caballero, capitán valiente, á quien, como  
hemos dicho, habia premiado por sus servicios  
en la guerra de Portugal con una encomienda  
de Santiago.

Así es que desde luego mandó Felipe  
II entregarle tres mil ducados para que los  
dirigiese á Osman, los dos mil en pago  
del buen servicio que le hacia, y el resto  
para el rescate de Alonso de Robledo á  
quien don Martin no se habia olvidado ha-  
blar al rey suplicándole mandase hacer  
algo, particularmente para proporcionarle  
su libertad.

Recibido este dinero, y por una fatali-  
dad, no hallando ocasion de remitirlo  
al punto á Constantinopla, su maldita  
aficion al fuego le hizo, faltando á todas  
las leyes del honor el disponer de ellos.

Don Martin habia vuelto con bastante  
dinero y algunas ricas alhajas que habia  
debido á la generosa munificencia del sultán.



Su casa mas que nunca volvió a ser el centro de los jugadores mas desacreditados de la corte. Allí a las cartas perdió cuanto dinero tenia, cuantas alhajas habia traído de Constantinopla. El juego lo habia desordenado todo, iba a poner a las cartas el honor, su vida misma.

Un dia faltó de todo quiso desquitarse, jugó los tres mil ducados que el rey le habia dado para Osman y el rescate de Pederlo.

Aquellos tres mil ducados fueron a hundirse en el abismo sin fondo que habia decorado toda su fortuna.

Tras estas grandes pérdidas procuró perder tambien la memoria de sus obligaciones, olvidándose de Osman, de su amigo Pederlo, de la confianza que el rey habia puesto en él entregándole aquel dinero.

Procuraba acallar el grito del honor y de la conciencia con la idea de que por la gran distancia no se sabia nada en Constantinopla y que le seria fácil cumplir con el rey cuando le preguntase por aquel dinero, diciéndole que ya lo habia enviado.



Pasóse algun tiempo, y cuando ya don Martin habia olvidado casi su infame proceder, cuando se reputaba mas tranquilo se encontró sorprendido al ver que de Constantinopla, habiendo sabido no se por donde, que el rey Felipe II le habia entregado aquellos tres mil ducados, Osman le reclamaba su dinero, y Kofledó le reprendia la traición que habia tenido en enviarlos y procurar su libertad acusándole de descuidado y de ingrato amigo.

Viose por el pronto perdido don Martin, y como una vez roto el freno la libertad de la conciencia y del honor puesto el pie en la fatal pendiente del crimen se revolve rapida y fácilmente hasta caer en el abismo.

Don Martin para ocultar un delito se resolvió a cometer otro mayor.

Olivado de su noble nacimiento, de las leyes de la amistad y del honor, en vez de contestar al bajá y a Kofledó, halló medio de escribir al sultán dándole cuenta de algunas cosas que con su traición sepa inventar, con



13

que parecia que sin descubrir nada importante cumplia con lo que el sultán le habia encomendado. Tol mismo siempre, no olvidando nunca como buen jugador la cuestion de dinero, que era para él en el estado de abyeccion en que se hallaba la principal, se quejaba de que Osman retenia en su poder los dineros que el sultán le daba para que se le enviase, acusa- ba á su víctima del delito que él mismo habia cometido.

Tambien hacia al sultán la impor- tantísima revelacion que Osman era un traidor, un espía que se hallaba dentro del mismo diván, que descubria los secretos de él al rey de España, proponiendo al Gran Señor en compensacion de la Verdad de lo que le denunciaba, que prendiendo de impro- viso al bajá, mandase recoger con todo rigor y examinar todos sus papeles.

De Pobleto no dijo nada, pareciendole que importaba poco para ocultar su delito el que aquel testigo de su crimen quedase vivo, toda vez que habia



de permanencia en el cautiverio, estado que se diferenciaba muy poco de la muerte. Además tenía pensamiento, si mejoraba de fortuna, de rescatarse a todo lo que quien por su su amigo y por el favor que entonces le hacia, nada debía de temer.

Anurates II recibió la comunicacion que le hacia don Martin, e inmediatamente mandó prender al baya Osman.

Sorprendidos los papeles y examinados quedó en breve convencido de su delito.

La justicia es pronta y severa en Constantinopla: además el crimen era de aquellos que en todos los países se castigan con la pena capital.

Osman fue empalado públicamente y la muerte de un hombre distinguido en tan elevada dignidad, causó un gran sentimiento en todos, empero muy principalmente en Rehidó que perdía en él un amigo, un protector, que sentía el atroz remordimiento de haberle causado la muerte por su imprudente confianza en el capitán Acuña.



reobledo habia visto morir en el palo en Constantinopla a su bienhechor.

Culpaban de ser el autor de aquel terrible suplicio, porque por él habia sabido suena que Osman recibia sueldo y era un espia de Felipe II.

Quiso pues de vengar la muerte de su querido amo. ¿Qué podia hacer un miserable esclavo a tanta distancia de España, sin medios de comunicacion con el rey y la corte?

Era hombre de ingenio como hemos podido reconocer en el modo con que aconsejó a don Martin que siguiese sus negociaciones con el sultán para servirle en Madrid, creyó que uno de los medios con que podia hacer desde su cautiverio llegar a noticia de Felipe II, que por la acusacion de don Martin suena habia perecido en el palo el bajá Osman como confidente secreto del monarca español, era el propalar públicamente esta noticia.

Con una perseverancia sin igual, fué publicando de unos en otros el suceso de tal modo, que logró su intento



de que llegase á oídos del rey Felipe II,  
ya por los esclavos que rescatados vol-  
vían á su patria, ya porque algunos  
escribiesen á España un suceso que  
tanto había afectado y cuya causa  
desconocida en un principio, había  
cuidado de aclarar con sus menores  
detalles el desconsolado noble.

Naturalmente suspirar Felipe II, comenzó  
á tener sospechas de don Martín, aun-  
que solo se fundaban en rumores  
que por venir de tan lejos y tener  
por origen el dicho de un oscuro  
esclavo, no acababan de persuadir  
al rey ni á nadie de que en un  
hombre noble, en un esforzado y  
valiente capitán cupiese una traí-  
cion, una infamia tan grande.

Sin embargo, quedaba en el rey,  
cuyo carácter habitual era la descom-  
fianza, la duda de si podría haber  
sido engañado.

Procediendo con la reserva que ponía  
en todos los negocios, sin declararse  
con nadie, sin dar á entender  
á don Martín, á quien vía algunas



25  
veces, el mas minimo recelo, procuró ha-  
cer secretas averiguaciones para inquirir  
la verdad.

Dispusieronse casualmente las cosas  
de tal modo, que sin costarle á  
Felipe II muchas diligencias, se le vino,  
como vulgarmente se dice, la informa-  
cion á las manos.

Providencial parece el modo con que  
se descubrió de una manera evidente  
la infamia y crimen de don Martín.

En los pocos dias logró Robledo  
escaparse de su cautiverio á favor de  
la confusion que habia producido la  
confiscacion de los bienes de Orman y  
el reparto de sus numerosos esclavos  
entre otros dueños.

Robledo habia llegado á Espana, desem-  
barcado en Cádiz y desde allí dirigióse  
á Sevilla.

Estando paseándose por las márgenes  
del Guadalquivir en el barrio de  
Prisca, se encontró con un soldado  
muy conocido suyo del tiempo que  
habia andado en las galeras, y que  
habia estado casado tambien en



Constantinopla, porque habia sido uno  
de los que Velusk-elli habia cautivado  
en el buque en que con tanto denuedo  
se habia batido en las aguas de Pale-  
cia contra aquel pirata el capitán  
Acuña.

Este soldado cautivo fue tratado  
en Constantinopla por su amo de muy  
distinto modo que lo habian sido  
don Martin y Robledo.

A este y otro hermano suyo que tam-  
bien quedaba cautivo en poder del  
mismo dueño, les habian dado el  
barbaro y cruel trato que acostumbraban  
los turcos a los cristianos.

Al verse los dos antiguos amigos,  
comieron el uno al otro con los brazos  
abiertos, se abrazaron con la mayor ten-  
nura repetidas veces dándose el uno  
al otro mil parabienes al verse li-  
bres en su patria, ellos que tantas  
veces aunque con diversa fortuna,  
se habian visto esclavos en Constantinopla.  
Comenzaron porque nada hay mas que-  
to a los desgraciados como recordar  
los tiempos pasados a hablar de las



diversas aventuras que habian tenido, refiriéndose cada uno el modo con que habia conseguido su libertad.

Contó Robledo su peregrinacion, los largos y penosos trabajos de su camino para encubrirse hasta llegar a un puerto de España.

Vino a tratar como era muy natural por haber sido la causa de su fuga, de la cruel muerte que don Alonzo III habia mandado ejecutar en Osman. El soldado amigo de Robledo se habia hallado tambien presente a aquel terrible espectáculo.

Con este motivo recayó la conversacion en los detalles de este hecho, y Robledo se esplayó sobre la ingratitud y mala correspondencia que con él habia observado don Martin.

El cautivo dijo entonces a Robledo que podria ser que le viniera al capitán otro suceso igual al que él habia hecho pasar al desgraciado Osman.

Robledo manifestó entonces a su amigo que él desde la muerte de su amigo



había trabajado constantemente con los pocos y escasos medios que en su triste posición tenía, en vengar á aquel turco, en quien durante los días aciagos de su esclavitud, cuando se hallaba abandonado de todos, había encontrado, en vez de un amo duro y cruel, un bienhechor, un firme amigo y un carísimo padre.

El soldado con quien acababa de encontrarse, rodeado estrechando su mano le dijo, que Dios en aquel momento le inspiraba la descubierta lo que tenía determinado encubrir y ocultar de todo el mundo.

Entonces manifestó á Roldo que el bapá de quien él y su hermano eran esclavos y de quien tan duros tratamientos recibía, le había llamado dándole su libertad, prometiéndole, además la de su hermano, el que había quedado allí en garantía del cumplimiento del encargo que le había hecho.

Este encargo era el poner en manos del capitán don Martín Acuña unas cartas y el recibir sus respuestas cuidando de dirigírsela y recibiendo á su



Llegada su hermano la libertad. Este  
 había sido, le dijo a Poblado el ca-  
 mino que Dios le había abierto para  
 recobrar su libertad manifestándole  
 que a no estar por medio el deseo de  
 ser libre y en su patria a su hermano  
 en lugar de poner aquellas cartas en  
 manos de don Martin indudablemente  
 las pondria en las del mismo rey Felipe II.

Dilatose el corazon de Poblado al ver  
 la ocasion que providencialmente se  
 le presentaba de vengar a su buen amo  
 y castigar la negra ingratitude con  
 que le había tratado don Martin.  
 Empleó todos los recursos de su buen  
 genio en persuadir a su amigo de que  
 si quería gozar de su libertad y ser  
 libre a su hermano de la esclavitud  
 en que se hallaba debía entresacar  
 las cartas al rey, porque en haber hecho  
 don Martin quitar la vida a Orman  
 por su servidor de Felipe II y en reci-  
 bir ahora cartas de los ministros del  
 sultán y esperar estos que les responde  
 y sea las cosas tan importantes, que  
 por su parte le prometian a él y a



su hermano la libertad, se convenciera que debía haber encerrado algún gran misterio y descubriéndoselo al rey, no solo le haría mercedes, sino que procuraría la libertad de su hermano.

Hízole ver la poca seguridad que debía tener en que los turcos le cumplieran lo que le habían prometido, acerca de la libertad de su hermano y que aun cuando él quedase con ella sería una libertad y una vida llena de zozobras y temores, porque en el mundo con el tiempo se descubre todo, y cuando se llegase a enterar que él había sido el portador de aquellas cartas le había de costar la vida en un suplicio y la honra.

Pondióle lo poco que había que fiar en don Martín que tan alisamente y con tanta crueldad había hecho matar al bajá y que con la misma facilidad le haría matar a él si llegaba a tener alguna sospecha de que se descubriesen sus tratos. Hízole ver que debía tener ya esta sospecha porque era una cosa muy pública que el



aviso que él dió al sultán había sido la causa del empalamiento de Osman, y que el mejor camino que podría tomar para ver en libertad á su hermano y conseguir alguna recompensa del rey era el hacerle ver el engaño con que don Martin le vendía en las cosas de su servicio.

Instóle á esto repetidas veces Koblado ofreciéndole á acompañarle y servirle de testigo de vista para comprobar la verdad de cuanto el rey quisiera saber y dijese aquellas cartas.

Poderosas y convincentes fueron las razones de Koblado para persuadir á su amigo.

Fueronse ambos de acuerdo y al día siguiente determinaron tomar el camino de Madrid contentos ambos, Koblado con la esperanza de conseguir de don Martin y el otro con la de conseguir la libertad de su hermano y asegurarse su subsistencia, gracias al preciso tesoro de que eran poseedores.

Llegaron á Madrid y lo primero que hicieron fué presentarse á don Rodrigo



Marques, el primer dignatario de la monarquía Española, presidente del Consejo de Castilla.

Dieronle cuenta de la gravedad del negocio á que venian con el secreto que regeria el caso.

El Presidente conoció toda la estension de la importancia del asunto y como era ya la hora del anochecer se fue con ellos á Palacio y los introdujo secretamente á la presencia del rey.

Contaron á Felipe II todas las particularidades de que llevamos hecha mención. Golgóse el rey de oírlas, les dirigió con tono afable, para animarlos varias preguntas á que contestaron con soltura y con el acento irresistible de la verdad. Como el rey las cartas y las guardó.

Como el asunto era tan grave, como exigia el mas profundo secreto, Felipe II con aquella prudencia que mostraba en todos sus actos, mandó al Presidente que á aquellos dos hombres los tuviese á buen recaudo encubiertos sin que nadie supiese ni aun sospechase su



existencia hasta que él determinara lo que se habia de hacer con ellos.

El presidente se los llevo otra vez a su casa donde diciéndoles lo mismo que importaba al servicio del rey que aquel negocio se llevara con gran secreto quedaban allí detenidos.

Grande fue el susto de los dos soldados, empero procuro tranquilizarlos el Presidente diciéndoles que nada temian que temer y si esperar mucho de la bondad del S. M. a quien acababan de prestar un señaladísimo servicio.

Algo se sosgaron con esto y mas que nada con el excelente trato que recibieron en los ocho dias que los tuvo encerrados en una habitacion de su casa el Presidente en donde han encubiertos y ocultos estuvieron que hasta las personas de la misma casa no supieron que aquellos hombres estaban escondidos en ella.

El mismo don Rodrigo Yagquez, el primer dignatario de la monarquia Española, la mas poderosa entonces del mundo, les llevaba la comida,



que á pretexto de ser para él, hacia colar  
con primero en su despacho y él las  
entregaba después.

En el entretanto había dispuesto el  
rey con el mayor cuidado y gran se-  
cretura se abriesen las cartas de modo  
que pareciera no haberse tocado á ellas.

Conseguiose esto, y el rey don Felipe leyó  
con sus propios ojos una carta del sul-  
tan Amurat en que agradecía á don  
Martin los buenos avisos que le daba  
muy importantes para su servicio, y  
en particular le ponderaba lo mucho  
que había estimado el haberle descubier-  
to de un modo palpable la traición  
que su baja Osman le hacía descubriendo  
al rey don Felipe los acuerdos del Diván,  
y que en castigo de aquel gran delito,  
le había luego mandado matar, y  
que los dineros que Osman había re-  
tenido en su poder, y que él había  
dado para que se los enviasen, se cobra-  
rían de sus bienes y se los mandaria  
doblados, prometiendoles otras mayores  
recompensas.

Tal era el contenido de la carta



del sultán y aunque ya el rey Felipe II  
venia como hemos visto, sospechas de don  
Martin, con su lectura quedaron con-  
vertidas estas en evidencia.

todavia quiso Felipe II proceder con  
mas detencion en este gravisimo asunto.  
 todavia quiso adquirir una prueba  
mas firmante y convincente del infame  
delito del capitán Secura.

Mando volver a enviar las cartas ni  
mas ni menos que lo estaban antes.

Hizo que al cabo de los ocho dias  
viniera a presentarse en su real cámara  
el presidente Yagquez con sus dos reclusos.

El rey volvió a hallar a Poblado y  
a su compañero, previniéndoles al darles  
las cartas que fuesen con todo el disi-  
mulo posible a casa de don Martin  
de Secura y se las entregasen, y despues  
que recibiesen la respuesta, avisasen al  
Presidente para que con él se la trajesen.

Así lo verificaron: aunque Poblado, de  
acuerdo con el Presidente para que don  
Martin no sospechara algo, al ver que  
se hallaba en Madrid no acompañó  
al soldado.



Llevo' este las cartas a' don Martin, y  
que para abrirlas y responder a ellas re-  
celandose de todo el mundo se salio de  
su casa y se fue a una quinta de  
recreo que tenia un amigo suyo en  
el campo, porque en su casa el  
continuo concurrencia de personas que acu-  
dian al fuego, podia sorprender su secreto  
o cuando menos dar algunas sospechas  
si le veian retraido escribiendo.

Asi es que cito al soldado para que  
fuese a recibir la respuesta al dia  
siguiente.

Fabo' este con toda puntualidad a  
recogerla, habiendosela entregado sin  
el menor recelo don Martin, viendo  
cuan seguro conducto habia sido aquel  
hombre para traerle la del sultan, a  
que era contestacion la suya.

Apenas habia el amigo de Roberto  
recogido la contestacion, fue a re-  
unirse con aquel en su escondite de  
la casa del presidente a quien  
la entrego.

Don Rodrigo Vazquez marchó en el



acto á verse con el rey que se hallaba con  
impaciencia por ver el modo y forma con  
que se esperaba don Martin.

31  
Tomó el rey la carta, y leyó en ella  
el grande agradecimiento que manifestaba  
don Martin á las mercedes recibidas por  
el sultán, y lo mucho que ofrecia hacer  
para merecerlas en deservicio del rey, supli-  
cándole, porque sus necesidades eran muchas,  
le mandase acudir con brevedad á  
lo menos con los dineros que le habia  
tomado el baje Osman. Ademas de esto,  
para obligarle con alguna apariencia de  
servicio, le daba cuenta de algunas co-  
sas que realmente eran mentiras é in-  
vencciones suyas, pero con gran colorido  
de verdad: en que más que perjudicar  
al rey, trataba de entretener con engaños  
al sultán para sacarle dinero.

Habia ya una prueba plena, plenísima  
del crimen de don Martin.

Este, más que de traición al rey rese-  
lando secretos de Estado que no estaba á  
su alcance por su posición descubrir, con-  
sistia en la muerte que habia hecho  
dar á Osman por apoderarse del dinero



que el rey le habia dado para él: en haber privado por su codicia al rey de un fiel servidor, de un importante instrumento de su política en los consejos del sultán, y en haber defraudado al rey en los tres mil ducados que le habia sacado diciendo haberlos mandado á Constantinopla.

Mandó el rey al presidente Pazquez que aquella misma noche hiciera prender á don Martin sorprendiéndole los papeles y cartas que se hallasen en su poder.

El presidente don Rodrigo Pazquez dio comision á un alcalde de casa y corte, que con su ronda pasó á encerrar la casa en que vivia don Martin Acuña en la calle de Cantaranas.

Erán las diez de la noche.

Llamó el alcalde y tardaron en abrirle; no recelaba don Martin que viniera la justicia á prenderle por conspiracion.

Creia sí, que venian á perseguir los fugadores que en bastante número se hallaban reunidos á aquella hora en su casa.

Hizo un escrupuloso registro buscando papeles y cartas, pero no encontró mas



que las de la baraja.

El alcalde con gran secreto y sin haber manifestado a nadie, ni aun a el mismo la causa de su prision, lo metió en un carruaje, y en aquella misma noche lo llevaron a la torre del pueblo de Torrijon de Velasco a cuantas leguas de Madrid.

Aquella misma noche, despues de verificada la prision, el presidente don Rodrigo Pacheco, dió suelta a los dos huéspedes que por tantos dias y con tanto secreto habia tenido y regalado en su casa.

Al soldado Alfonso Rebledo, en premio de lo que habia hecho con su compañero para que denunciase los tratos de don Martin con el sultán, le dió el rey la gineeta de sargento en una de las compañías de Italia, y al otro soldado que habia traído las cartas mandó el rey se le diese el rescate para su hermano y ademas otra gineeta en las compañías de Francos. A ambos se les previno que olvidasen cuanto habian en aquel asunto visto y oido porque la menor palabra, la mas ligera imprudencia que cometiesen les costaria la cabeza.



Tuvieron buen cuidado de callar, porque sabian por experiencia que las amenazas de Felipe II no eran amenazas en vano.

Don Martin habia <sup>sido</sup> sacado de su casa de noche en secreto, nadie ni su mujer, ni su hermano, ni sus amigos sabian donde existia.

Habia como desaparecido repentinamente de sobre la tierra.

Habian pasado seis meses, y nadie, por mas diligencias que habia hecho su familia, habia podido adquirir el mas pequeño indicio.

Hallabas don Martin de Acuña en el castillo de Torrijón de Velasco en un oscuro calaboz sin comunicarse con nadie, encadenado desde el primer día que llegó.

El rey Felipe II pasó las dos cartas, la del sultán Amurat III y la contestación de don Martin a este, a su Consejo para que se averiguase este delito y se conociese de él por vía de juicio la culpa de que él resultase, y se castigase sin remisión alguna.

Don alcaide de casa y corte fue a



Comenzon de Pelasco para hacer las averiguaciones por sí mismo, y tomar las confesiones á don Martin, escribiéndoselas por su mano sin asistencia de escribano. Todo se condujo con la mayor reserva, y llevado á cabo el negocio, dictó el consejo sentencia de muerte, se sin haberse nombrado al reo procurador, ni oídosele defensa alguna.

Se llevó hasta tal punto la reserva de este negocio que se previno que al notificar instantes antes de la ejecución, al reo la sentencia, no hubiese nadie que pudiese oírle.

Para cuidar de la salvacion de su alma, de que hemos visto era tan celoso Felipe, con los que su política condenaba á muerte secreta, y como á don Martin no se le habia de notificar su muerte con la anticipacion que previenen las leyes del reino, se trató de insinuarle que inmensamente temia que morir, dejándole ignorar el dia.

Así estuvo cerca de un mes en la mas cruelagonia en su padecimiento moral de la capilla, mas penoso al reo aun que el mismo suplicio.



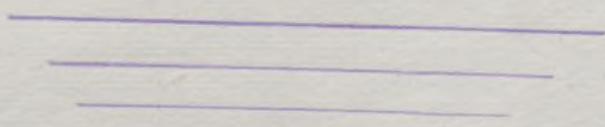
Así veremos temblar medroso ante la muerte a don Martin Acuña, es capitán de modesto y valiente que en los campos de Flandes y de Portugal había llamado por su bizarría la atención del gran duque de Alba: ese intépido aventurero, que atravesando toda la Peruvia, desafiando cien veces la muerte, vuelve a Constantinopla despues de haber araucado y sorprendido los secretos de aquella nacion: así a este hombre extraordinario lo veremos temblar como un miserable, como una debil mujer a la idea de una muerte en dia cierto pero por mano del verdugo.

Felipe II hizo que cerca de un mes antes de la ejecucion secreta de don Martin Acuña fuesen a vivir a la misma torre de Torrejon de Velasco el padre Cristóbal de Colantes, religioso de la Compañia de Jesus; ni más ni menos que como había hecho marchar quince años antes en 1570 al padre fray Hernando del Castillo, aunque no con tanta anticipacion, para fortalecer en el trance de su ejecucion secreta al ilustre baron de Montbrun, señor Montmorency.



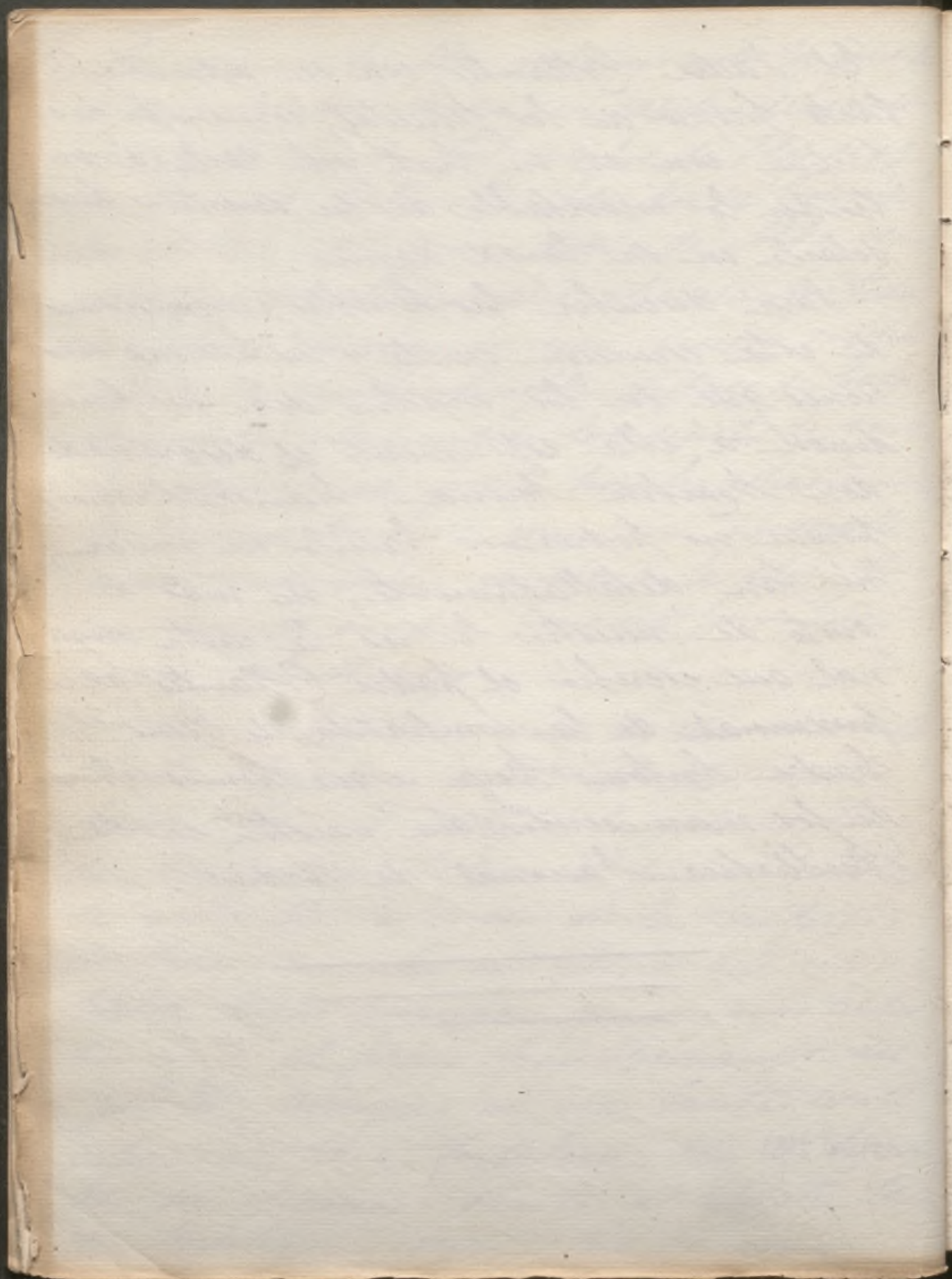
El Padre Collante, con ese admirable tacto propio de los jesuitas, comenzó á escuchar con él su trato y á darle á entender lo inevitable de su suerte y á consolarle en su larga agonía.

Para describir las terribles impresiones de esta ejecución secreta y las diversas sensaciones que en los muchos días que precedieron á ella experimentó el desgraciado don Martin Ruina, transcribimos, porque no podríamos hacerlo ni mejor, ni tan detalladamente, ni mas á gusto de nuestros lectores, la carta original que escribió el padre Collante al provincial de la compañía de Jesus, el padre Antonio Beza y que hemos copiado de los manuscritos<sup>(1)</sup> que existen en la Biblioteca Nacional de Madrid.



(1) (S. 217.)







Continuación de Don Martin De Aenña.

---

Por entender que V. R. ha oido buenas nuevas de aquel caballero a' quien yo fui a' ayudar a' bien morir, y que desea saber en particular todo el suceso de este negocio, lo haré por esta con el auxilio del Cetro.

Partí de aquí a' 30 de Enero para donde estaba a' procurar, con la ayuda de Dios, irle disponiendo para este trance de la muerte. Pensando solamente al día siguiente para tornar por ultima vez de ahí a' pocos dias, y en llegando hablé a' uno de los alguaciles que le guardaban el cual me significó estar tan temeroso de la muerte y congojado, que tenía por cosa cierta, que en certificándose de ella, y cuán en breve había de ser, se había de afligir, y desconsolar, de manera que esto solo le había de acabar, especialmente si se le decía desde luego y había de estar aguardando la muerte algunos dias, y que por esta razón no convenia que le diesen un



punto despues de habele dado tan triste  
nueva, o que si no podia hacer esto que  
me volvies sin hablar, guardándolo para  
el mismo dia en que hubies de morir.  
Acordándoseme del desconsuelo y desfalco  
cincuenta con que habia quedado quince  
dias antes que habia ido a confesarle  
con no habele quitado del todo la  
esperanza del vivir, se me hizo muy  
verosimil lo que el alguacil temia,  
y me determiné de dar parte de esto  
al ministro de S. M. que me habia  
enviado, y con este despaché un peon  
para Madrid y volvió con la respues-  
ta el dia siguiente fueses en la noche  
diciendome que no embargante lo  
propuesto, hicies desde luego mi oficio,  
pues no se pretendia en ello mas que  
su bien, y que sucedies que no habia  
lugar de mas dilaciones, y con esto luego  
el viernes por la mañana le envié a  
darme mi licencia, y como le queris  
entón a ver.

Al punto que este recado recibí  
luego se dió por muerto, diciendo:  
esto es hecho acabado son cuentos, mis



to soy. Entré adonde estaba y halléle acor-  
tado en la cama con todas sus prisiones  
como lo estuvo desde la hora que allí  
llegó, que fueron mas de siete meses,  
hasta la en que espiró. Sin levantarse  
de ella abrajéle, y saludéle con la  
mayor demostracion de amor y compa-  
sion que pude.

Receíbieme con gran turbacion y sobre-  
salto, por mas que todos aquellos dias  
atras estaba feniendo, siempre aguardan-  
do aquella nueva, y con aquella tur-  
bacion y alboroto me dijo: luego padre  
es esta la postura visita, y el postura  
de mis dias. No le quise responder  
luego á esto, mas procuré aquietarlo un  
poco, diciéndole que fiasse en Dios que  
lo habia de ayudar siempre y que le  
habia de dar todo lo que mas le convi-  
niese, que él no desase otra cosa sino  
esto. Yendo él haciendo instancia en  
preguntar si sabia de morir luego, ó  
cuando, ó donde, me forzó á decirle toda  
la verdad del negocio diciéndole: Señor,  
á mi no me dijeron que viesere á



ayudar á morir á Puerta merced, sino á  
disponerle con la gracia y favor de nuestro  
Señor para qualquiera cosa que su Divina  
Majestad quisiere ordenar de Puerta  
merced. A esto me respondió: padre  
eso es decirme claramente que tengo  
de morir luego.

Señor mío, dije yo, eso es lo que me  
dijeron, y conforme á eso no pensaré  
tiempo. Como como oyo estas palabras, comenzó  
á temblar con todo el cuerpo rezissimo,  
como si le hubiera venido una muy recia  
leuciana y duróle espacio de un quarto de  
hora sin poder hablar, ni responder pala-  
bra. Pasado este accidente, me preguntó  
si habia salido de tener bula de Cruzada,  
y si le habia negociado licencia para  
comulgar, asegurándole de entrambas cosas  
y que nos avisarian con tiempo del día  
que habia de ser la comunión, diciéndole  
tras esto que seria bien que aunque la  
vez pasada que yo allí habia estado, se  
habia como quince ó veinte días, se  
habia confesado generalmente, tomar  
ahora de nuevo á recorrer toda la



confesion hecha, y vida pasada y se fue  
reconciliando como se le fueren acordando  
las cosas, y est. como quien remataba cuentas  
con Dios, porque donde entonces cayer el  
madero alli habia de quedar para siempre.

Pero que assi lo queria hacer y que daba  
infinitas gracias a Dios por el tiempo y  
apuro que para ello le daba, en ocasion  
de tanta necesidad. Assi como comenzo  
a pensar en est. comenzo a temer gran  
dixeramente el infierno con grande  
afliccion y desconuelo, diciendo a cada  
paso: ¡oh infierno! ¡oh infierno! ¡oh tormen-  
tos eternos! ¡oh pena para siempre, Señor,  
libradme, Señor, no vea yo el infierno, no  
vaya yo halla' (non intres in iudicio cum  
seruo tuo quia non justificabitur etc.),  
¡oh pecados que en tal peligro me tenen  
puesto! u otras muchas cosas assi de versos  
de psalmos, como palabras suyas propias  
con que manifestaba un grandisimo temor  
de condenarse, con grandes suspiros y demos-  
tracion de estar como asombrado de serse  
en tal peligro.

Aqui le procure ayudar diciendo, como



era don de Dios y gracia suya, aquel temor  
y principio de entrar en gracia con Su  
Divina Magestad; y que tenia tiempo y  
remedios muy eficaces para escapar de  
tanto mal como temia, y con tanta  
razon pues conocia haber ofendido a la  
Magestad de Dios. Declaróle lo que era  
contricion y lo que suplía la virtud  
y eficacia de los Sacramentos de Chris-  
tiano, cuando la contricion no llegaba  
á ser entera y perfecta, y como pidiéndole  
á Dios se la daria, y declarándole cual  
habia de ser esta peticion para alcan-  
zarla, y con esto y con ayudarle á  
hacer algunos actos de contricion se  
sosegó algo. Representósele luego la ma-  
nera de muerte que aguardaba, y empezó  
á acongojarse grandemente diciendo: que  
en manos de un verdugo tengo yo de  
acabar, ó desdichadísima muerte, que el  
primer de mi nombre y de mi linage  
que en tal ignominia se ha visto tengo  
de ser yo! que haya de ser el que tal  
afrenta tengo de poner en un linage  
donde tanta gente honrada ha habido



y hay; y otras muchas cosas que en substancia eran las que tengo dichas, repitiendo á cada momento con grandes suspiros y dolor, esta palabra: ¡verdugo, verdugo! pidiendo á los que con él estábamos con grandes ruegos, y observaciones por Jesucristo y su pasión, que diésemos orden, como ya que no se podía excusar el morir á manos del verdugo, que á lo menos no le viera él por sus ojos. Recordándosele tambien que su muerte habia de ser con soga, no le causaba menor horror y espanto que el verdugo, y decia: que con una soga tengo de ser atormentar mis carnes hasta que me quiten la vida ¡oh soga! ¡oh soga, no la vea yo por la sangre de Dios! Pígaseme esta merced, no vea yo tal cosa sobre mi cuerpo; y daba y tomaba en esto sin poderle divertir otra cosa, diciendo palabras de extraño dolor y aflicción.

Finalmente se le representó la sentencia que habia de oír en que le habian de condenar á muerte tan penosa, y horrible para él; y no sabré yo encarecer el sentimiento y la flaqueza de corazón



que para recibir tal golpe mostraba, y  
assi aun con mayores encarecimientos,  
y gemidos pedia a todos no diésemos  
lugar a que tal sentencia oyese, senten-  
dicia él, tan afrentosa, de tanta igno-  
minia, y deshonra, a muerte de sogas,  
a manos de un verdugo, y que me han  
de decir tales cosas, y con testigos y  
nombres tan afrentosos, que tal tengo  
de oír por mis oídos, no por amor de  
Dios, no por su Pasión, no por la San-  
tísima Virgen Maria, bastará que el  
secretario que viniere me diga que el  
rey me manda matar, sin que me diga  
mas, sin decirme por qué, ni cómo,  
porque con el matarme quedará tan ca-  
tigado y muerto, y el rey tan satisfe-  
cho, como si me hubiesen notificado  
la sentencia en pregones! señores, nin-  
guna cosa podrá haber que así ponga  
en peligro la salvacion de mi alma,  
como el oír, y oír tales cosas, repitiendo  
¡oh sogas! ¡oh sogas! ¡oh verdugo! ¡oh senten-  
cia! y otras palabras semejantes.

Descriamose todos los que le hablabamos



que procurariamos cuanto nos fuese posible que ni oírse verdugo, ni tope, ni oírse sentencia, y de aliviarle en todo lo demás, su trabajo y fatiga en quanto se nos diere lugar.

Yo le procuré consolar dándole á entender que tenía poco de que hacer caso, ni tener semejantes cosas, quien tenía ya tragada la misma muerte, pues el ser así, ó así, es de mucho menor consideracion que el mismo morir, y diciéndole que una de las muertes con que mas se debía consolar por ser mejor para el cuerpo, honra y alma, era la que él esperaba, pues había de ser tan breve, y en secreto, y para negociar su salvacion tan á propósito por no haber en ella las penalidades, dolores y flaquezas corporales y falta de juicio que en las enfermedades comunmente hay y que tanto suelen estorbar el trato con Dios, que en tal punto es tan necesario.

Fui en particular representándole la passion de Christo Nuestro Señor, tri-



llena de injurias y de oprobios, y muchas  
invenciones de tormentos y penas, y como  
alli habia habido verdugo, soga y sen-  
tencia, y pregones delante de todo el  
mundo.

Oyendo estas cosas decia muchas veces  
haurat à me calix iste, dile que passas  
adelante y dices sed non quod ego solo sed  
quod tu vis non mea voluntas, sed tua fiat,  
y haciéndole repetir estas palabras, sien-  
pre que suspiraba y gemia sensiblemente  
se se via irle Dios con ellas ayudando  
à tragar el calix de la muerte.

En estos darses y tomaros gastamos a  
quellos primeros dias que fueron vien-  
res y sabado y veias claramente  
irle Nuestro Señor ayudando y  
fortaleciendo. Aunque nunca acaba-  
ba de tomar à estos mismos temores  
de quando en quando. Aunque presto  
aquel primer asombro y espanto que de  
estas cosas recibió, lo mas ordinario  
gastaba el tiempo en reconciliarse  
à cada palabra, y en tomar à sus  
temores del Juicio y en pasar actos



de contriccion y esperanza.

Leíale la pasión de Christo nuestro Señor por San Juan y algunos salmos apropiados para aquel tiempo y sazón en que estaba muy mucho con la gracia de Nuestro Señor, diciendo muchos versos de David que sabía, y algunas palabras de santos que había oído o leído porque era muy buen latino, todo pidiendo perdón á Dios de sus pecados, y señaladamente decía muchas veces. Domine pone me iuxta te: in cuius manibus iuguet contra me. Non impes in iudicio cum servo tuo. Deus cui propitium est miserere semper, et parcere y otras muchas oraciones en prosa y en verso á nuestra Señora muy devotas. Y diciendo unos versos en alabanza de nuestra Señora que me encantaron á preguntarle de que autor eran: y con un grandísimo suspiro me respondió: este desventurado que aqui está, los hizo en Alcalá, cuando no era San Juan pecador y malvado como despues acá ha sido.

Decía todas estas cosas teniendo siempre en la mano un Crucifijo pequeño sin dejarle un punto de ella ni apartar de él besándole y adorándole casi á cada



palabra que hablaba hasta que espiró.  
Reyábase yo cada noche una letanía á  
la cual me respondia él mismo y á  
cada tomaba la mano á hablar con el  
Cruzifijo y hacia unos coloquios muy de  
votos y concertados pidiendo siempre perdón  
de sus pecados, encomendándose á los  
santos y señaladamente á nuestro Señor  
de quien decía haber sido siempre muy  
devoto: y cierto lo mostro muy de veras  
en la confianza con que todo este tiempo  
á ella acudia con oraciones y ora-  
ciones como se debió.

Dijéronme los alguaciles que lo guardaban  
que todo el tiempo que estuvo  
preso ayunó todos los miércoles y hacia  
cada noche al tiempo (de acostarse)  
que ellos y los guardas se acostaban, unos  
coloquios con nuestro Señor y con su  
Santísima Madre teniendo el Cruzifijo  
en la mano con tanta devoción y con  
tales palabras que los dejaba admirados.

No se acordaba á preguntar cuando  
había de comulgar, así por el denu-  
yo y devoción que el Señor le dió de  
la Comunión que fue muy grande.



en este trabajo, como por entender que aquella había de ser víspera y cierta señal del día de su muerte, la cual por momentos estaba recelando que se llegaba.

Levióse el sábado por la tarde como aguardaba licencia de Madrid para de allí ir a missa, aunque no sabía para qué día me la enviarían, y el domingo por la mañana al amanecer oyó llamar a la portada y dándole el corajón lo que era, dijo: este que llama trae licencia para que me comuniquen luego: y allí fue, porque luego subió uno de los aguaciles, y le dijo, como pidiéndolo al bivio: señor, ya tiene vuestra merced licencia para oír aquí oy missa y comulgar; y aunque esto era una cosa del muy deseada y pedida, como sintió llegársela la muerte, causóle tristeza, y mostrándola en gran manera pidió al aguacil muy encarecidamente dilatar la comunión para otro día, diciendo que aun no estaba bien aparejado para comulgar, rehusando siempre la cámara que le había de llevar a la



muerte, que por entonces tan amarga y  
trabajosa se le representaba. Mas respondió  
el alguacil, como no había lugar lo que  
pedía, ni acaso de replicar el á quien  
lo ordenaba.

Preguntó: si le matarían luego en ha-  
biendo conculgado, y el alguacil le asegu-  
ró que por aquel día y el siguiente no  
moriría, él se sosgo algún tanto, y  
levantándose yo que siempre dormía  
en su mismo aposento junto á él, le  
advertí como se había de apartar para  
aquella última comunión, y en tanto  
recí mis horas y luego le volví á reu-  
nir y le di allí missa, y para el  
tiempo de la comunión le pusieron  
de rodillas sobre la cama con una  
ropa de levantar y llevándole sobre  
la patena el Santísimo Sacramento se  
senció á la larga de manera que puso  
la boca sobre la misma lienra, y de  
esta manera con grandes sollozos y  
lágrimas dijo la confesion general y  
acabada de decir se tomó á poner de  
rodillas, y hizo una profesión de la  
Fie. en que había vivido siempre



y queria morir, y un coloquio muy  
 humo y devoto al Santisimo Sacramento  
 dando gracias por todos los beneficios  
 recibidos, confesándose por el mayor  
 pecador de los nacidos, y mas indigno  
 de todo bien, pidiendo perdón de sus  
 pecados por la virtud y merecimientos  
 de todos los Misterios que Christo nuestro  
 Señor obró para nuestra redempcion,  
 juntando su muerte con la del mismo  
 Señor y ofreciéndosela para remedio  
 de su alma, todo esto con grandisimo  
 sentimientos y tantas lagrimas, que á todos  
 los presentes nos las hizo derramar de devo-  
 cion y compasion, y con esto recibió el  
 Santisimo Sacramento, y se acabó la  
 missa y él á sus solas se quedó dando  
 gracias á Dios por aquel beneficio.

Acordé luego á estar con él por saber  
 que sabia de su su muerte muy en  
 breve. No cesaba un punto de hablar  
 con nuestra Señora, con el Angel de  
 su Guarda, decir versos de David, lla-  
 mar á todos los santos mirando siem-  
 pre al Crucifijo que en la mano tenia



y claramente se veia, que cuanto mas se llegaba a la muerte, le iba nuestro Señor mas poderosamente ayudando y conformando con su Divina voluntad y esforzando para el padecer.

Díjome esta tarde: no sé, Padre, si ha echado Vuestra Reverencia de ver que no le he (encargado) hablado palabra en una cosa que por sentirla tanto no me he atrevido a hablar en ella, mas ya no puedo sufrirla, mas mi corazón y así lo quiero decir, y es, que llevo atado en el alma este hijo que dejó padre a Vuestra Reverencia por Jesucristo, que se encargue de procurar que su madre le crie como cristiano, y con temor de Dios, como se pueda salvar sin venir a un tan desdichado punto como este en que se ve este desventurado de su padre. Dijo esto con tanto sentimiento y ternura, que a mí me enterneció grandemente y le ofrecí en cuanto a mí fuer posible lo que con tantas veces, y con tan santo celo, en tal ocasion me encargaba, (deja este niño solo que es de edad de seis



43  
o siete años) tornaba siempre de cuando  
en cuando a afligirse acordándose del  
verdugo, toge y sentencia como se dicho, y  
viéndole todavía tan temeroso, para ayu-  
darle y animarle le lee las lecciones de  
la vida de San Ignacio, mártir, que repa-  
mos a los maytines el día de su fiesta,  
en que aquel mártir glorioso llama y  
desafia a todos los trabajos y tormentos  
del mundo y aun a los del mismo de-  
monio, a que vengán sobre él a fuego  
de que él goce de Jesucristo, diciéndole mi-  
ran con atención lo que Dios podía forta-  
lear un corazón flaco como lo es el de  
cualquier hombre, y que al mismo Dios  
sentamos entonces tan piadoso y desoso  
de nuestro bien, que le pidier algo de  
aquella fortaleza, por intercesion del mis-  
mo mártir glorioso, y sin duda le fué  
esto concedido como luego dire.

Pídomos una vez, y con mucho desconsuelo  
ó como es posible que yo pague mis pecados  
con esta muerte, pues la tengo de pasar  
no buscándola yo sino a mas no poder?  
Consiéle declarándole, ó como todavía la



quedaba alguna libertad para poder me-  
recer, pues le quedaba en su mano el  
llevarla con paciencia o con impaciencia,  
y que así como podía desmerecer si la  
llewaba impacientemente, así podía me-  
recer aceptándola pacientemente, y que  
se acordase del buen labron, que no  
busca su muerte, mas ya puesto en  
ella, ayudado de Jesucristo mereció  
en ella confesando que la tenía bien  
merecida, que fué aceptarla con pa-  
ciencia y pidiendo a Cristo perdón de  
sus pecados, y la vida eterna; y esto  
le quitó toda la congoja que cerca de  
esto tenía.

Lelegóse la noche de este día, que co-  
mulgó, que como se dicho era domingo,  
y yéndole siempre su corazón como  
anunciando todo lo que en su negocio  
se iba haciendo, me preguntó si me  
parecía que sería su muerte aquella  
noche, y sabiendo yo de cierto que ha-  
ría de ser así, le quise avisando  
de la verdad para que mas se fuese  
ayudando con la gracia del Señor,



46  
y le dijo: bien podrá ser que sea esta noche  
sin dilatarle mas.

El con gran turbacion, dijo: ¿pues cómo  
me ha asegurado el alguacil que hoy,  
ni mañana seria? respondile: eso tenor  
se hizo para que Vuestra Merced, sin tur-  
bacion se aparajas para comulgar y asi no  
hay que fiar de eso: porque el alguacil  
no sabia, ni sabe cosa por donde pueda  
asegurarlo.

Tomóme a preguntar: ¿pues cómo no  
han de pasar veinte y cuatro horas primero  
que justicien a uno despues de la comunión?  
respondile: basta que no sea en el mismo  
dia, y asi a qualquiera hora que sea  
despues de media noche, se cumple con  
lo que manda la ley.

Con esto se vio ya en el artículo de  
su muerte, y como en la mayor nece-  
sidad se le entró Dios en el corazon, y se  
le hizo maravillosamente, porque levan-  
tando el Crucifijo con la mano en  
alto, comenzó a hablar con nuestro Señor,  
confesándose primeramente por grandísi-  
mo pecador, y por el mayor que habia



no solo en el mundo, mas aun en el  
infierno; por el mas escandaloso de todos,  
mas ingrato a los beneficios y misericor-  
dias de nuestro Señor, y por el que mas  
que todos juntos habia sido causa de  
que Jesucristo nuestro Señor santo pade-  
ciera, yendo en particular diciendo,  
como siempre y en todas las ocasiones  
edades le habia ofendido, discurriendo  
por todos los sentidos del cuerpo y  
contando las ofensas que con cada uno  
habia cometido contra Dios, haciendo  
muchos actos serrososimos de contricion  
diciendo que quisiera haber padecido  
mil muertes, y perdido mil vedas antes  
que haber ofendido a un Dios tan  
bueno y que tanta merced le habia  
hecho y que ya no hacia nada en ofre-  
cer una que tan poco valia pues tan  
presto se la habian de quitar, mas que  
si fuviera las de todos los hombres,  
todas las quisiera dar por Dios y por ganar  
la eterna.

Empezó a discurrir por todas las crea-  
turas, el sol, luna y estrellas, cielos



43  
y elementos cada uno por sí, con todas las cosas que en ellos había, y por todos los animales y fieras de los campos, y ballando con todas estas criaturas, se admiraba cómo no se vengaban de él por las ofensas que hacía hechas contra su Criador, pidiéndoles que atormentasen y afligiesen su cuerpo; esto desahuciándose en lágrimas y a gritos, comenzó a hablar con todos los santos que habían padecido por Jesucristo, y a decir que ofalá pudiera él entonces padecer todo lo que ellos juntos habían padecido, discurriendo en particular por todos los que se le representaron á la memoria, y por todos los martirios que habían sufrido, por manera, que ni dejó la espada de San Pablo, la cruz de San Pedro, el aspa de San Andrés, el cuchillo de San Bartolomé, las panillas de San Lorenzo, ni los peines de Sieno de San Vicente, ni los leones de San Equacio, que todo no lo denar para sí, y sobre todo añadió, que todos los demonios del Infierno viniesen, y se apoderasen de su cuerpo allí y se le atormentasen y despedazasen, castigándole aquí por



tantos pecados, porque despues en la otra vi-  
da no le tocasen al alma, que era de  
Dios, y criada por Dios y redimida por  
Dios, y que ya no tenia verdugo, ni  
soga, ni sentencia; que viesesen con  
verdugos y con sogas, y que pluguiese á  
Dios viesiese orden que lo llevasen á  
sentencia á Madrid, anastado de  
dos caballos y con pregones publicos los  
mas injuriosos y afrentosos que jamás  
se dieron contra nadie.

Duro este discurso como bora y media,  
á grito, los ojos hechos carnes de llora,  
y las palabras que ciertos entamecianos  
los corazones mas duros que las piedras,  
porque parecia que abrasaba el corazon  
á quien las oia, y á mi cierto me  
fizo tan confuso y avergonzado que  
no oí hablarle palabra, viendo con  
cuanta diferente verdad y espíritu de  
corazon las decia, él de lo que yo  
las pudiera decir. Quisiera que todo  
el mundo le estuviera oyendo para  
que de todos fuera conocida y alabada  
la mano del Señor que "ten poder,



se mostraba en haber así trocado aquel corazón.

Creo cierto que no lo encargó en decir, que fues' este razonamiento una de las cosas mas extraordinarias y raras, que en semejantes materias se han oido en nuestros tiempos. Verdaderamente *mutatus fuit in virum alterum*; y vi á vista de ojos que es fácil en los designios del Señor súbitamente enriquecer al pobre.

Acabado este coloquio envió á llamar al alguacil para saber si habian llegado los que habian de ser ministros de su muerte, y antes de entrar el alguacil le salió á hablar yo. Supe de él como eran venidos y que al amanecer habian de concluir su negocio.

Viéndole tan bien dispuesto al paciente, no quise perder la ocasion de mas le ayudar y merced, y así me torné á entrar donde él estaba, abrazándome con él, puntando mi rostro con el suyo, sintiendo verdaderamente sus trabajos y pena, y como tal nuera le llevaba le dije estas palabras: Señor mio y hermano



de mi alma, Puerta merced se alegre y  
consuele, y bendiga a Dios: sepa que no le  
queda mas noche que esta, para esta  
son las sogas, verdugos y sentencias que ya  
Dios le ha dado a desen, acabándose  
esta noche, se acabarán todos estos males  
y penas, despues no le queda noche, sino  
dia, y dia eterno de alegría, sin temores,  
ni sobresaltos, ni lágrimas, ni temor de  
infierno. Alegrese y diga Puerta merced  
conmigo: Lectatus sum in his que dicta sunt mihi  
et. = Quam dilecta tabernacula tua domine et. = Quam  
petis a Domino hanc requiram et. = recibió este  
recado y dijo estas palabras aunque con  
profundos suspiros, mas sin temblar  
alguno, diciendo aquellas palabras con  
voz muy entera anadio: Cupio dissolvi et  
esse cum Christo.

Llamó luego al punto al alguacil y  
preguntóle que quien era el secretario  
que habia venido, es el secretario, fulano  
respondió el alguacil que si, entonces dijo  
yo me huelgo mucho, es muy honrado  
y mi amigo, digale Puerta merced  
que me haga el favor de verme luego  
porque viene a hacerme muy buena



47

obra y quiero agradecerla. Respondió el alguacil que hasta la mañana que fuese hora, no podía salir porque estaba reposando, y siendo que aquello no se le concedía, pidió con grandísima instancia suplicando muchas veces, que al menos desde luego le atasen las manos con la soga, y le pusieran otra al cuello, porque quería gozar de ver aquella noche atado, y cargado de sogas, ya que otra cosa no tenía en que padecer hasta que le quitasen la vida; y diciéndole yo que nos alegrábamos y gozábamos todos con la merced tan soberana que nuestro Señor le hacía, y que aquellos deseos aceptaba Dios, y le eran muy agradables, mas que la ejecución se quedase para su tiempo que no estaba muy lejos.

Y viendo esto se mostró desconsolado por no concederle lo que pedía y alzando las manos se comenzó a dar muy recias bofetadas, y luego echó las manos a las barbas, y temerándovelas decía a voces: ¡Oh traidor! ¡Oh malvado! ¡Oh miserable y desventurado pecador que tantos pecados has hecho! Acudí a él y quitéle las



manos de las barbas, que las sacó llenas de ellas, y viendo que le estorbábamos lo que hacíamos y que nos espantábamos dijo: no piense alguno que hago esto por alguna desesperación, que no lo hago sino con mucha confianza en Dios y por castigar y atormentar este maldado cuerpo en lo que puedo, porque el demonio tenga parte en el alma, que es de Dios que ha de usar de su misericordia conmigo.

Persuadible que aunque aquello era bueno, pero que la obediencia era mejor y que le pedía me obedeciera en no hacer cosa semejante. Respondiome: pues es mejor eso sea así, pedíle comiera un bocado, dijo: de muy buena voluntad que ya yo siento alguna necesidad y así lo hizo porque comió todo lo que le dimos, diciendo que aquellos eran los postreos bocados que había de comer, y el último refrigerio que había de dar a aquel desahogado cuerpo, y no me edificó y consoló menos en esto que en todo lo demás.

Ni mostró aquí menos el espíritu que había cobrado, porque en todos aquellos tres días un solo punto ni momento había podido dormir, ni pasar bocado, si lo



menos tan pocos que no creo fué una onza,  
 todo el sustento que en todo este tiempo tomó.  
 Recorrió algunas cosas, y rezó el el rosario de  
 Nuestra Señora: despues comenzó a leer  
 Psalmos de los Penitenciales y diciendo el del  
 Miserere, le dije lo rezó muy despacio pon-  
 derando cada palabra. Hizolo de manera que  
 fué haciendo una como paráfrasis, declaraán-  
 dolo todo por via de meditacion, y coloquio  
 con nuestro Señor con tan grande concierto  
 y orden, y con tanto sentimiento y fermura,  
 que me puso en grande admiracion. Tedi  
 le dije: no pensé que sabia 7.<sup>o</sup> tanto, ni que  
 habia oido tantas cosas. Le esto me respondió:  
 asi, es verdad, que yo no sabia, ni habia oido  
 nada de esto que he dicho, porque no lo he  
 dicho yo, sino Dios es el que me ha movido  
 mi lengua, y aunque todo cuanto hablaba  
 era de Dios, señaladamente dijo algunas razo-  
 nes que me causaron grande sentimiento y  
 por eso las pongo aqui. Yendo hablando,  
 dije con grande atencion y ponderacion:  
 quien quisier saber á que saben pecados  
 entro ahora en mi corazon, y diciéndole  
 uno de los alguaciles, que Dios se contentaba



con que le pidiesemos perdón con arrepentimiento  
enclavó en él los ojos, y con una profunda  
consideración de lo que le iba diciendo, dijo:  
quien quiere saber como quiere Dios que le  
pidamos perdón, preguntesele en este paso  
en que estoy a mi corazón que él lo  
piensa bien.

Haciendo otra vez actos de contricción  
denunciaba muchas lágrimas y daba muchos  
suspiros y estando en esta disposición, dijo: si  
tanto consuelo recibo de llorar mis pecados,  
¿qué será si veo a Dios en la gloria! y  
mirando a una imagen de Nuestra Señora  
que tenía al Niño Jesús a sus pechos, le  
dijo que miras como nos lo criaba para  
nuestro remedio: respóndime: ¿y que leche?  
Con esa leche nos lo está endulzando, y  
haciendo sabroso. Díjome otra vez: pareceme,  
Padre, que me ha dado Dios tanta confianza  
de mi salvación, que me parece que me ha  
cerrado las puertas del infierno a cal y canto.  
Díjeme que se consolase mucho en tener  
los niños en el cielo que se le murieron  
muy pequeños, y empejeme a preguntar  
si sabían el trabajo en que él estaba,



si se hallarian a su muerte y otras cosas semejantes a esta, respondiéndoles, y declarándoles que quedo con grandísimo consuelo su alma de manera que comenzó a hablar con ellos con una fe y confianza como si de allí los viera con los ojos corporales estar allá en el Cielo delante de Dios, encomendándose a ellos con palabras de devoción y ternura y sin pensar acabar les decía: Hijos de mi alma, de mi corazón, hijos del más mal padre de cuantos hay en el mundo, aunque sois hijos de tal padre, ya no os daña mi maldad y desventura, pues tan en salvo estais.

Hijos, no me nequeis por padre, pues al fin nunca os neque por hijos, en fin soy vuestro padre y salisteis de mis entrañas, hijos no descansen, no pareis un punto, id y venid de Dios a los santos, y de los Santos a Dios, recordadme mi salvacion, hablad a la Santísima Virgen, hablad a todas las Virgenes, andad de Santo en Santo pidiendo a todos sus oraciones, y ayudad para este desventurado de vuestro Padre. Hijos, mirad la afliccion y peligro en que estoy, mirad que por momentos se me va acabando la vida: hijos no me olvidéis en el Sepulchro.



Otras veces hablaba con cada uno de por sí, nombrándole por su nombre, diciéndole lo que le quiso, lo que le regaló, lo que padeció en curarle, las lágrimas que le costó viéndole morir, la soledad y desconcierto con que le dejó muriendo; luego se volvía al otro y le decía otras cosas semejantes a' estas, reconstruyendo y como trayéndole a la memoria cosas muy particulares que con él había pasado de pena y dolor por haberle curado tanto y duraban. De estos coloquios por grandes ratos, tomando a ellos de cuando en cuando, hablándoles y diciéndoles muchas palabras dulces pidiéndoles que ayudasen.

Rediales particularmente muchas veces esto, que fueron muchas legiones de ángeles para que ayudasen a un hombre tan flaco y pobre como él, y que tanto tenía por que temer la ira de Dios. Finalmente fueron estos rayos namientos una de las cosas de mas devoción y ternura, y en que mas lágrimas él derramó, y con él todos los que le vimos de cuantas hizo y dijo en todos aquellos días.

Puede la recomendacion del alma, con que la Iglesia ayuda a sus hijos para



despedillos de esta vida y encaminarlos a la  
otra delante de todos los que alli podiamos  
hallarnos, sin ser en mi mano dejar de  
devanar muchas lagrimas viendo las suyas  
y el sentimiento de corazon y juntamente  
esfuerzo de animo con que lo oia todo y  
respondia a todo: y en acabando yo tomé  
el la mano, y hizo otra recomendacion  
en su propio nombre, tan sentida, tan  
firme y devota que nos fue espanto y  
admiracion, ofreciendo a Dios sus pecados para  
que se los perdona, ofreciendole para esto su  
misma passion y muerte sacratissima, confe-  
sando cuantos y cuan graves han sido, volien-  
dose de ellos invariablemente ofreciendo a  
Nuestro Senor que se para que se los perdo-  
nase fuera menester que todos los pregona-  
delante de todo el mundo, que él lo hiciera  
sin ninguna dificultad, dando gracias a  
nuestra Señora, a todos los Santos, a todos  
los Angeles pidiendoles que legiones de ellos  
estuviesen alli con él para le ayudar y  
defender, y otras muchas cosas de gran con-  
suelo, dichas todas con extraño fervor y  
fuerza de espiritus.



Mostró todos estos dias una fe y devocion  
con las misas, y un deseo de que le ayu-  
dasen con decimas muchas despues de muerto, que  
es cosa increíble y que no se puede decir lo  
que en este particular decia, y pidiome que  
pues era su padre espiritual que no me a-  
vergüenase andar de uno en otro pidiendo  
que le diesen misas y nombramientos en  
especial cuantas personas conocia para que  
en su nombre se las pidiese, y que se re-  
solaba mucho en saber que en el otro mun-  
do habia de entender quien le hacia amari-  
dad en rogar a Dios por su anima y  
ofrecerle supragios.

Dixome tambien que aunque nunca sien-  
pre habia sido inclinado a hacer bien a  
los pobres, y por esto y por la devocion que  
tambien tuvo siempre con Nuestra Señora  
estaba muy confiado que Dios y todo el  
cielo se compadecieran de la pobreza de su  
espíritu, y bien lo mostro en este tiempo  
por lo que creo que han favorecido de  
su Divina Magestad en aquella postera  
hora.

Hacia preguntas de como se conocian



los del cielo, como se hablan, como se van  
 a Dios, y acerca de los del purgatorio que  
 manoran de penas padecian, y si eran como  
 las del Infierno, y cuanto podrian estar allí  
 las almas, y donde estaba el purgatorio, y  
 que certidumbre podria haber de que a uno  
 le eran perdonados sus pecados, y de la incer-  
 tidumbre de las indulgencias. Lo todo le  
 procure satisfaccion y dejar animado y consolado.

Llego la mañana, y subio el alguacil y  
 en sintiendole subir se anticipo el mismo  
 y le preguntó si era hora, respondió que si.  
 Dijo con grande animo: entre vd. señor secreta-  
 rio, y así como le vio entrar le saludó, dicen-  
 do: sea vd. bien venido, no se puede vd. que  
 yo muy animado y esforzado me siento para  
 morir, y en venir vd. a darme la muerte  
 me viene a hacer muy buena obra porque  
 esta sentencia, Señor (del cielo viene, y así  
 la recibo yo, pues es para castigar este cuerpo,  
 porque no se condene esta alma: vd. diga  
 a todos esos señores que les beso las manos y  
 que me perdonen que algunas veces se ha  
 blado contra ellos con alguna cólera y  
 que si me veo con Dios yo rogaré allá por  
 todos ellos a su Divina Magestad.



Yo he tenido hasta ahora una necesidad  
(desearlo y pidiendo que no viese la sentencia,  
mas ahora digo que la sea vd. una y muchas  
veces, delante de todos, y si es menester a pre-  
gones, porque quiero ver lo que por tantos pec-  
dos he merecido.

Difolo con un esfuerzo que siempre que me  
acuerdo me admira, respondió el Secretario  
que ninguno habia de estar presente al oírlo,  
y así nos salimos y se la leyó tan a solas,  
y en secreto que nadie sabe lo que contenia  
ni por que delito le sentenciaron, ni quien  
la dio.

Acabándosela de leer me llamó a mí el  
Secretario y delante de mí la aceptó diciendo  
dijo que la oigo, y obedezco, como sentencia  
muy cristiana, muy justa, y muy misericor-  
diosa, y así lo firmo de mi nombre,  
y tomando la pluma en la mano puso  
su firma.

Dicho y hecho esto entraron los demás  
alguaciles, y guardas, y delante de todos dije  
para el caso en que estoy y para la cuenta  
que soy a dar a Dios digo que jamás en  
toda mi vida fuere determinacion ni



voluntad, ni propósito de hacer traicion a' Dios,  
 ni al Rey, ni a' la Iglesia, ni a' otra cosa se-  
 melante, y que estas cartas que escribi con  
 otra intencion que con engaños y palabras  
 sacar dineros de aquellos hombres, y que aun  
 de esto no habia tratado hasta como veinte  
 dias antes que me prendiesen.

Le sobble por virtud de la bula de cruzada  
 y comuniquéle la indulgencia plenaria  
 que por ella se concede en aquel artículo,  
 habiéndole primero reconciliado sacramental-  
 mente, y reservado la absolucion para la  
 postera hora.

Respo esto el mismo dijo: entre es buen  
 hombre, bien puede entrar.

Entró el verdugo, espectáculo tan horrible  
 para el pocas horas antes, miróle esclavando  
 los ojos en él y en los instrumentos que traia,  
 y dyle: seais bien venido, si mano mio.

El hombre se enojó y dijo: señor yo soy  
 mandado. Dyle el paciente que venia a  
 hacer una obra muy meritoria, y miseric  
 que os la galardonará Dios, porque venis a  
 tomar el castigo y venganza del mas mal  
 hombre que traxo y mas pecador, a esa



tabla es para echarme en ella? porque yo mismo me tendré en ella si es menester.

Respondióle: señor, no es menester tendarse vuestra merced.

Pues hermano, haced vuestro oficio fondeada como ha de estar.

Diciendo esto llamáronos á todos los presentes, y á cada uno de por sí nos dio un abrazo, que nos quebraba los corazones, y decía, adios, adios, hermanos, hasta la otra vida, adios, hasta la eternidad.

Abrazándose á mí el primero me encomendó su alma para que hiciera bien por ella. Ya que me apartaba del me tornó á abrazar, anudándose el alma de dolor, y casi sin poder acabar de pronunciar lo que decía, me dijo: padre, este abrazo de vuestra merced á aquella desdichada señora por mí, pidiéndola perdón de tantos años de males compartidos.

Al acabado que hubo de abrazarnos á todos sin que nadie, sino el amor que el corazón tenía se lo acordaba, dando un raro gemido, que fué bramido que á todos nos hizo encoger, dijo: hijo de



mis entrañas, si la bendición de tan mal  
padre fuera bendición, yo le la diera ahora,  
mas no será sino maldición, y por eso  
no quiero dártela; dítela Dios del cielo,  
la bendición de la Santísima Trinidad  
sea siempre contigo, y bendigante los ánge-  
les, y haz que Dios suyo para que te salves  
y no te seas como este desventurado de  
tu padre. ¡Queda con Dios, hijo mio, hijo  
mio, queda con Dios.

Puso los ojos en el verdugo que estaba  
adelanzando sus instrumentos y alzando luego  
los ojos al cielo, juntas las manos, dijo:  
Señor mio Jesucristo, suplico á tu Puerta  
Divina Magestad una merced por la  
última que os suplico en esta vida, y  
es que tu M. sea servido que á este buen  
hombre se le herben y entorpezcan las ma-  
nos y que no acierte á hacer bien su  
oficio, para que el tormento de mi muerte  
sea más largo, que siquiera dure un  
año para que así más atormentado pague  
yo en este cuerpo lo que debo y se salve  
mi ánima.

Con esto llegó el verdugo, y le ató las



manos una con otra, mas no de manera  
que nos las pudiese levantar juntas en alto,  
y queriéndole poner los cordales á la an-  
gosta, le dijimos que se cubriesen porque  
no vieran tal espectáculo; dijo que no, que  
él lo queria ver. Infortunadamente, hasta  
que él mismo tomó el bismo y se cu-  
brió los ojos, mas de manera que se  
causó bulto de ello, y diólo diciendo  
no se quiere tener, ni es menester, yo  
lo quiero ver, llegad, hermano, haced  
vuestro oficio.

Lejos y púsole como habia de estar,  
y viéndose así, dijo con un lastimero  
grito: cristianos, haced compasion de  
mí; humanos, ayudadme con Dios  
miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici  
mei, quia manus domini relaxavit me.

Díjole muchas cuentas benditas al cuello  
y dijo muchas veces Jesús, María, y ha-  
ciéndole que dijese algunas palabras de  
Santo para este trance, y últimamente  
el Credo que dijo con grande sentimien-  
to, hizo el Verdugo su oficio, con mu-  
cha brevedad, y lo que nos admiró á



todos fue que desde el principio al fin jamas moviese el cuerpo ni pies ni manos, brazos ni cabeza, ni hiciera mas movimiento que si fuera de mármol, pues solo en faltarle la respiracion se conoció cuando era muerto. Requiescat in pace.

Dixele el. reposo, y creo y confio en Nuestro Señor que descanse ya y con mucha gloria, y que me ha de ayudar siempre, asi me lo prometió muy de veras y lo mismo á todos los que le ayudaron con sacrificios despues de su vida. Y asi suplico á V. R. por amor del Señor le mande decir alguna misa por que será una limosna muy grata á Nuestro Señor, y aser en su Divina Magestad que será muy bien remunerado del mismo por quien se ha de hacer, y á mi me encomiende V. R. Señor en sus sacrificios y oraciones.

De Madrid y de 30 de Marzo 1585.

Esta causa y ejecucion permaneció tan secreta que aun existirian desconocida de todos á no ser porque alguna de



Las poquísimas personas que intervinieron en ella, dejó algunas memorias anónimas que se conservan entre los manuscritos de la Biblioteca nacional, de donde he sacado estos apuntes.

Deso Felipe II hasta tal punto se disimuló en este asunto que para desorientar á los que hubieran podido traspirar algo de él por aquel mismo tiempo, concedió sin mérito alguno ostensible al hermano del capitán Tejada, que solo era un caballero noble cuyo mayorazgo había venido muy á menos, el cargo de castellano del presidio de Milan.

Con ser una de las causas mas importantes y curiosas, en ninguna de las historias de España publicadas hasta hoy, inclusa la célebre y mas completa de todos, la del Excmo. Sr. don Modesto de la Fuente, hemos visto hecha la menor mencion de ella.

Tanto fue el secreto que se guardó en los procedimientos de ella que duraron ~~mas~~ de siete meses, porque



55  
la justicia de Felipe II, como habrán  
visto nuestros lectores, era siempre tanta  
cuando segura, y tanto fue el cuidado  
que se puso en ocultar la ejecución  
terrible de Torquemada de Plasencia.

---

---

---

Causas / celebres / historias españolas / por / el excmo señor  
conde de Fabraquer / exministro de los tribunales su-  
premos de guerra y marina, Ordenes y Cruzada /  
antiguo ministro del Consejo de Castilla etc etc /  
/ Madrid / Establecimiento tipográfico de F. de P. Mellado /  
calle de Santa Teresa nº 81.



